

# NADA ES VERDAD...

(Ni es mentira)

por

Paco Piquer

## UNO

**¿Qué es la vida sino una serie ordenada de acontecimientos vencidos o por suceder que se archivan en una agenda? Una agenda que puede ser ficticia. Sin soporte físico. Biológica. Proyectos programados que pueden guardarse en el cerebro para darles curso en el momento preciso. Y tacharse mentalmente una vez realizados. O maldecirse de igual modo ante su involuntaria omisión.**

**Las actuaciones previstas, necesarias o no, pueden sufrir alteraciones producidas por las circunstancias. Retrasos causados por la ineficacia o por la indisciplina. Cancelaciones debidas a la imprevisión o al olvido. Aplazamientos pactados. Adelantos urgentes. Anulaciones definitivas.**

**Sea la agenda tradicional o electrónica, sencilla o lujosa, con accesorios y recordatorios por doquier. Sea un simple “post it” amarillo adherido a la pantalla del ordenador o un trozo de papel sujeto con una chincheta en un corcho colgado de la pared. Sean ese cúmulo de obligaciones futuras grabadas en nuestra mente. A todas ellas les asignamos un orden basado en la prioridad precisa para que lleguen a su término, a buen fin, a la hora y en la fecha establecidas. En**

**cualquier circunstancia, el destino, el imprevisible dueño del transcurrir humano, puede deslizar su soplo invisible, alterando de un modo inesperado el devenir de los hechos.**

**En ocasiones, nos lamentamos de la resolución negativa de nuestros planes atribuyendo a la mala suerte los imposibles logros de las metas fijadas.**

**En otras circunstancias celebramos con alegría desmedida nuestra fortuna al lograr, inesperadamente, dones o situaciones de privilegio, impensables con realizarse únicamente nuestros deseos o planes primitivos.**

**La vida, esa agenda perpetua que se actualiza día tras día, año tras año, nos guía, intentando evitar al destino, hacia la consecución de nuestras esperanzas, de nuestras necesidades. Primarias en nuestros primeros pasos. Positiva o negativamente influidas luego, por las circunstancias de nuestra posición o formación; por la racionalidad o la bondad. Por nuestra ambición, el lugar de nacimiento o las enfermedades y accidentes que pudiesen acecharnos indiscriminadamente.**

**Eudaldo Flancínez, al que sus pocos amigos llamaban simplemente Edu, por ahorrarse farragosas pronunciaciones, hacía suya esta parrafada, propia de los semanales de los periódicos desde**

**cuyas páginas afamados escritores bombardeaban, domingo tras domingo, sus opiniones en artículos destinados a mostrarnos su particular visión de los hechos, las personas o las cosas.**

**Eudaldo Flancínez o Edu, como prefieran, predicaba con el ejemplo. Poseía no una, sino varias agendas en las que escribía cuidadosamente cada paso, cada llamada, cada cita, cada compra, cada reunión. Sus anotaciones se distribuían en cuadernos de distintos colores, según fuesen éstas de tipo privado o profesional; utilizada durante el periodo de vacaciones o simplemente en días festivos o de descanso. En ellos, fielmente narrada, podría resumirse su vida de hombre solitario. Al llegar cada día a su despacho de Adjunto a la Dirección de “ Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall”, su primera tarea consistía en extender sobre la mesa sus libretas y establecer, como el marino fija el rumbo, la guía, el camino, las acciones a desarrollar durante la jornada. Al lado de las agendas, marcadores fluorescentes encargados, con el trazo agresivo de sus chillones colores, de indicar sobre la letra menuda de Eudaldo, la situación, la urgencia, la finalización, la anulación o el aplazamiento de los asuntos previstos. En la agenda más gruesa, de color negro, serio color elegido para los temas profesionales, figuraban sus despachos con el Señor Barrigón, Presidente Ejecutivo de la firma y con su Secretaria, el Jefe de Administración o el Director Comercial.**

**Además de cada conversación, cada orden, cada petición de informe o cada rapapolvo que, en función de su estado de ánimo, los resultados, la eficiencia o la incapacidad de sus subordinados, debía dedicar a éstos, no sin antes haber consultado imprescindiblemente sus anotaciones en la misma, para utilizar siempre con cada uno de ellos las palabras justas. Para no salirse nunca del contexto.**

**Los empleados de la oficina, al traspasar la puerta y adentrarse en el despacho de Eudaldo, obtenían como primera visión la imagen de su calva reluciente inclinada sobre su mesa, dándole un último vistazo a la agenda - Eudaldo era miope además de calvo - operación ésta que precedía ineludiblemente a la exposición del motivo del encuentro, por nimia o intrascendente que pudiese resultar. Nada escapaba a la consulta previa de su Biblia particular, su Carta Magna. El faro que le guiaba en su camino hacia la perfección.**

**Ocurría que, en ocasiones, tropezándose casualmente con el Sr. Barrigón en el pasillo y ser convocado por éste a su despacho y no llevando el libro consigo, debía Eudaldo excusarse y regresar a su mesa precipitadamente, tomarlo, y anotar en el mismo las órdenes que su superior debía comunicarle. El olvido de la agenda le sumía en un gran nerviosismo, como si fuese desnudo. O desarmado, como el pistolero que lleva su mano a la cartuchera y no encuentra en ella su revolver.**

- **Ay, Eudaldo – se lamentaba el Presidente ejecutivo cuando regresaba jadeante con el negro cuaderno en la mano – Usted siempre con sus agendas. Ignoro lo que sucedería si alguna vez las extraviase.**

**A lo que Edu contestaba indefectiblemente:**

- **Descuide usted, señor Barrigón. Descuide usted.**

**Los días transcurrían de este modo para Eudaldo, o Edu, como le llamaban sus escasos amigos. Siempre pendiente de sus notas. De sus cuadernos de diferentes colores.**

**Sus momentos de ocio venían marcados de igual modo por lo establecido en una agenda, verde en esta oportunidad: Llamar a Clodomiro. Reclamarle “*El Coronel no tiene quien le escriba*” prestado el dieciocho de marzo y que aún no ha devuelto. Reservar entrada para el próximo sábado treinta: Auditorio Municipal. Obras de Stravinsky, Bach y Godunov. Igualmente anotaba en esta libreta los programas de la televisión que le interesaba ver. O grabar si eran transmitidos en horas de trabajo o demasiado tarde por la noche.**

**La libreta azul era la que menos utilizaba. La dedicaba únicamente a planificar sus vacaciones. Eudaldo solía efectuar un viaje al año y una vez elegido el destino lo organizaba concienzudamente,**

**recopilando información exhaustiva sobre monumentos, paisajes, compras o acontecimientos de interés.**

**Un baldón empañaba, sin embargo, la solitaria existencia de aquel hombre amante de la perfección, de la organización y del orden: su agenda roja, la destinada a inscribir en ella sus asuntos amorosos, permanecía tristemente vacía. Ninguna anotación aparecía en sus páginas. Ninguna cita. Ninguna relación femenina. Ni siquiera alguna lejana posibilidad. Ni un solo orgasmo que, siendo tan ordenado, hubiese, sin duda, plasmado sobre las hojas en blanco, yermas de emociones pasadas, presentes o futuras. Por eso cada noche al retirarse a descansar tachaba Eudaldo, con rabia contenida, la página desnuda de un día más de soledad.**

**Y es que Eudaldo, durante los últimos veinte años, no había tenido tiempo más que para trabajar. En efecto, el flamante cargo de Adjunto a la Dirección de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall, era el fruto de su absoluta dedicación a la empresa en la que le había colocado su padre, viejo amigo de Don Bernardo Barrigón, fundador de la misma, cuando fue declarado inútil total para el servicio militar a causa de su acusada miopía. Como escribiente, se destrozó los dedos mecanografiando millones de folios mientras aporreaba una vieja Underwood, que, gracias al plan de renovación, trocose, para salud de los mismos, en una moderna Olivetti**

**Lettera 45, con la que siguió tecleando miles de páginas. A la vez, incrementaba sus conocimientos sobre los intrínquilis del negocio de mercería. Cintas, botones, alfileres, agujas, imperdibles, puntillas o cordones de pasamanería, pasaron a formar parte del bagaje de su experiencia, de su léxico cotidiano. Y quiso la fortuna o la desgracia, según se mire, que la prematura muerte de Ernesto, primogénito de Don Bernardo y sucesor natural de éste, acaecida al caerse de un caballo mientras disputaba un partido de polo en el Club de Campo, se uniese a la desaparición, ocurrida unos meses antes, de Manolo Barrigón, componente al cincuenta por ciento, junto con su fallecido hermano de aquel “e Hijos” que figuraba en el logotipo de la empresa familiar y que residía en Sudamérica tras su fuga con una bailarina ucraniana y una considerable porción del patrimonio familiar en “especies”, allanando, de este modo, el camino a nuestro Eudaldo, o Edu, como prefieran, para ocupar el vacío despacho de la continuidad y mejorar sensiblemente su estatus.**

**Eudaldo heredó de su padre una finquita en la provincia de Toledo, apta para coto de caza, y horrorizándole el deporte cinegético y no hallándole otra utilidad posible, la realizó de forma inmediata, vendiéndosela a un grupo de cazadores del pueblo cercano, operación que le reportó pingües beneficios.**

**Era pues Eudaldo un hombre acomodado. Bien situado económicamente. Tímido, calvo y miope. Amante absoluto del orden. Consumidor compulsivo de agendas y libretas de todo tipo. Egoístamente celoso de su soledad y a la vez envidioso de la compañía, femenina o no, de la que disfrutaba alguno de sus amigos. Pues a pesar de que su estado le concedía una libertad difícilmente superable, eran muchos los momentos en los que echaba en falta compartir sus vacíos días con alguien que, a su lado, aportase algo de calor en las frías madrugadas del otoño de su vida que se acercaba a pasos agigantados.**

**Pues la verdad era que casi todos sus mejores amigos se habían ya casado y algunos divorciado posteriormente y otros disfrutaban de una pareja más o menos estable. Todos excepto Justino Valdepiedras, que no salió del armario, sino que un día decidió descender, majestuoso, por una escalera blanca, maravillosamente cubierto de plumas, al más puro estilo de los antiguos musicales de Hollywood y que trabajaba en la actualidad como “drag queen” en locales de ambiente “gay” bajo el nombre de guerra de “Beba Crysalis”.**

**No había tenido Edu experiencia alguna con las mujeres. Aparte de unos mínimos esgarceos amorosos durante su adolescencia con una vecinita, un tanto casquivana ella, que se empeñó en demostrarle prácticamente que los niños no venían de París, ni de ningún otro sitio, sino que eran patrimonio exclusivo de un buen**

revolcón, como los que le proponía en la trasera de la casa mientras los mayores dormían la siesta en las tardes de verano. Tiernos experimentos sexuales que hallaron en Eudaldo a un tímido extraordinario que, curioso ante el descubrimiento de la pálida epidermis de su vecina y avergonzado ante las incontenibles erecciones producidas tras la contemplación de aquellas ocultas maravillas, escapaba corriendo, en un cinético “coitus interruptus”, abandonándola con el sofoco arrebolándole las mejillas y las bragas en los tobillos, para calmar con un baño de asiento en el bidé de su madre el calor que amenazaba con fundir sus jóvenes testículos.

Su primer, y único, orgasmo, que a veces evocaba como un bochornoso recuerdo, ocurrió durante la despedida de soltero de uno de sus amigos. Corrió el champagne francés en aquel puticlub de la carretera de Extremadura y se corrió Eudaldo, borracho perdido, ante el “francés”, valga la redundancia, que una aplicada pupila del establecimiento se empeñó en practicarle en un oscuro reservado del mismo.

Con este vergonzante suceso pretendió inaugurar Edu las páginas de la agenda de color rojo que debía recoger sus experiencias amorosas. Pero desistió de hacerlo. Porque estaba claro que no se sentía especialmente orgulloso de aquella particular clase de idiomas. Y no porque el momento hubiese resultado más o menos placentero,

**dentro de su sordidez, sino porque, honestamente, consideró que el amor debía presidir la primera anotación que figurase en la desnudez absoluta con que se le brindaban las paginas de la libreta, como una novia rendida, para que las desflorase en su primera manifestación de pasión.**

**Justino Valdepiedras, encaramado en unas botas con plataformas de veinte centímetros, contoneaba su cuerpo, carne de quirófano y pasto de silicona, mientras sus labios, de un color fucsia profundo, moldeaban las notas de “*It’s raining men*“ que, en un “playback” ensordecedor, hacían retumbar las paredes de “La ratita presumida” un oscuro cabaret que enarbolaba en su entrada la bandera arco iris símbolo de la liberación “gay”. El público que aquel sábado abarrotaba el local, coreaba con voces afectadas la canción: “Llueven hombres, ¡¡aleluya!!”. Las miradas, tiernas, lascivas, provocativas, surgían, como bengalas, de los ojos de aquellos que, sin pareja, buscaban su oportunidad lanzando desesperados mensajes de socorro para no acabar la noche solos, apoyados en la barra ante un vaso de whisky, contemplando como se derretían los cubitos de hielo. En una esquina, dos viejas reinonas intentaban descubrir a algún inocente neófito al que iniciar en aquel juego de seducción que “ellas”**

**dominaron un día y que ahora, víctimas del paso ineludible de los años, cedían impotentes, a la competencia joven de aquellos exhibicionistas atléticos o querubines añados o a la de aquellas figuras imponentes que, rebozadas de cueros, tachuelas y tatuajes se derretían bailando un “lento” en la pista, sin importarles el ritmo de la música que sonase en aquel instante.**

**Como en la canción de Sabina, “... extraño como un belga por soleares” , así se encontraba Eudaldo Flancínez, en una mesa de primera fila de “La ratita presumida”, soportando miradas que le perforaban, rechazando invitaciones deshonestas, evitando manoseos insinuantes y contemplando con ojos como platos la actuación de su amigo Justino, oculto tras aquel “Beba Crysalis” que pregonaban los carteles de la entrada, espectacular en aquella parafernalia de lentejuelas y plumas, desproporcionadamente alto sobre aquellas botas inverosímiles e irreconocible tras una tonelada de maquillaje que deformaba su rostro como el de un extraño clown que intentase concentrar en un solo número, en una única actuación, todas las atracciones de una función de circo, fieras, trapecistas y contorsionistas incluidos. Justino, sorprendido por la llamada de Edu, al que hacía tiempo no veía, le había invitado a su actuación y, percatado de su presencia, le brindaba, asomado al abismo de sus plataformas, la actuación de su vida, acentuando aún más sus**

**contoneos, acariciándose con sus manazas de hombre las mórbidas siliconas de su falso busto y entonando una y otra vez el estribillo de la canción que el público, sudoroso y entregado, que abarrotaba el local, repetía hasta la saciedad en un coro de fervorosas voces: “ *It’s raining men, .....* ¡¡*Alleluyah !!*”**

**Despojado de la espectacular peluca, cubiertos sus escasos cabellos por una ridícula redecilla, envuelto en una gastada bata de toalla y descansando sus doloridos pies descendidos hace un instante desde las artificiales alturas de sus botas plagadas de estrellas. Buscando un momento de sosiego en el cigarrillo que se llevaba a los labios color fucsia profundo con afectados ademanes, contemplaba Justino o “Beba”, por entre el tamiz de sus pestañas postizas, la figura de su viejo amigo Eudaldo, impecable en su serio traje gris y su corbata de seda azul, recortándose, anacrónico, contra un fondo de marabúes y brillanteces de strass.**

**¡¡ Cuantos años!! ¿Ocho? No. Diez. Diez años, desde que aquel grupo de amigos, que había compartido las más dispares vivencias, que había celebrado los matrimonios de algunos y lamentado las dolorosas separaciones de otros, asistido a la llegada ilusionada de los primeros hijos, a los éxitos y los fracasos profesionales, o a la trágica muerte de uno de ellos, recibía, entre sorprendido y divertido su**

**confesión, la ratificación del verdadero sentido de su sexualidad. Tantos años intentando convencerse de una realidad falsa, en una hipócrita demostración de virilidad inexistente, de contemplarse en el espejo en el que se reflejaba su verdadero rostro y en un instante, sentido, costoso y liberador, la admisión del hecho que le situaba, sin tapujos, en el lado de los que, más pronto o más tarde, se aceptaban plenamente.**

**Porque ocurrió que, en aquella despedida de soltero en un puticlub de la carretera de Extremadura, mientras Eudaldo era educado por aquella desgraciada en el arte oral del sexo y los demás, ebrios en su afán por demostrar, gratuitamente, su hombría, se perdían en las profundidades de los reservados para entregarse a las más variadas perversiones, él, ajeno a aquella bacanal, abandonaba sin ser visto el oscuro local, después de rechazar con violencia las insinuaciones explícitas de una de aquellas mercenarias y vomitaba en la fría madrugada todo su asco, todo el rechazo de su renuncia y comunicaba a sus amigos, días después, en una sorprendente convocatoria, su homosexualidad.**

**Ahora, Eudaldo Flancínez, uno de los asombrados asistentes a aquella confesión sincera y viril pese a todo, estaba frente a “Beba Crysalis”, estrella destacada de “La ratita presumida”, asistiendo a la metamorfosis que le había despojado de rimmels, abalorios y**

**lentejuelas, devolviendo la identidad, la verdadera personalidad a su viejo amigo.**

**Había planeado Eudaldo aquel encuentro meticulosamente. Registrado en su agenda verde y confirmado con el sorprendido Justino por teléfono. Aunque los motivos del porqué de aquella entrevista no estaban demasiado claros. Pretendía Eudaldo, considerando la neutralidad que su ambigüedad debía atribuirle, pedir consejo sobre sus ambiciones amorosas a aquel amigo que, tras su alineación definitiva en el bando del tercer sexo, había desaparecido de su vida y la de sus otros compañeros y regresaba ahora, triunfador, bajo aquel seudónimo espectacular.**

- **Edu. Edu. – Justino pronunciaba el nombre con un estudiado susurro de su voz grave – La última persona a la que hubiese imaginado encontrarme en esta ciudad – continuó mientras le contemplaba a través del espejo y se aplicaba crema en un rostro que recobraba, paulatinamente, su apariencia normal bajo sus efectos.**
- **¿Cómo te va, Justino? - Eudaldo trataba de mostrarse natural, disimulando la incomodidad, el agobio, que le**

**provocaba la visión de aquel cuerpo reciclado por las hormonas y las habilidades de los cirujanos plásticos.**

- **Llámame Beba, por favor – le rogó, volviéndose con un deje de amargura en su voz – Justino murió. Justino es sólo el motivo de la sonrisa de quien me solicita el carnet de identidad para comprobar que hay “algo” que no cuadra.**

**Eudaldo intentó imaginarse las vicisitudes que debía haber pasado aquel amigo que, de pronto, se volvió incómodo y que, entre risas apagadas, todos los demás y el mismo habían ido rechazando inconscientemente, dejándolo de lado, excluyéndolo cruelmente de su círculo hipócrita y obligándole a abandonar su ciudad y a su familia y a buscarse la vida en ámbitos más permisivos con la sexualidad que había asumido con tanta valentía.**

## DOS

**Filomena Dávila, como cada tarde, echaba el cierre de la librería “El Manco de Lepanto y maldecía, como cada tarde, aquel candado defectuoso que se resistía a ser cerrado. Y, como cada tarde, cruzaba Filomena la calle y se sentaba en un velador junto a la cristalera del Café Saturno, donde el viejo camarero, viejo por edad y por antigüedad en aquel empleo, le servía, siempre acompañado por el mismo - Hola, Filo – aburrido y cotidiano, un café con leche que ella tomaba a pequeños sorbitos mientras aguardaba la llegada de Jacinto, su novio de siempre, que, como cada tarde, aparecía, jadeante, volviendo la esquina, y que, una vez instalado a su lado, interpretaba su breve y conocido repertorio de disculpas ante el retraso diario. Previsto. Asumido.**

**Filomena había cumplido recientemente cuarenta años y no podría decirse que fuese una mujer vulgar, ni atractiva. Ni alta, ni baja. Ni rubia, ni morena. Filomena era una mujer gris. Si este color pudiese aplicarse a su anodino rostro, siempre sin maquillar, en el que brillaban aún unos, otrora inquietos, ojos verdes. O al color de sus cabellos, que tomaban de la paleta una tonalidad castaño claro y que, en su peluquería de siempre, a fuerza de experimentar por conseguirle un razonable rubio apagado, habían transformado, con el aditivo de**

**sus primeras canas, en un indescriptible tono ceniciento. O a sus ropas, que, pretendiéndolas cómodas y funcionales para el trabajo, actuaban sobre ella como un filtro opaco, como el cristal que cubre un ojo para forzar al otro, vago, a trabajar, impidiendo resaltar cualquier perfil de su anatomía que pudiese resultar atractivo, no sólo para su eterno novio, Jacinto, sino para su propia autoestima.**

**Igualmente gris resultaba para Filomena el transcurrir sin emoción de su calendario. Sólo los libros que la rodeaban poblaban sus días y su lectura le procuraba un universo soñado y ficticio, en el que penetraba, como Alicia persiguiendo al conejo blanco, en busca de un atisbo de esperanza con que escapar del tedio en que se hallaba sumida, desde el día, el maldito día, en que decidió comprometerse con Jacinto, cuando ambos compartían todavía ilusiones sin marchitar y se tomaban de la mano y se miraban a los ojos sonriendo. Antes de que llegase aquel frío impensado y triste que heló para siempre sus corazones, confinándoles en un desierto de vacío absoluto.**

**No era un mal tipo. No. A su manera quería a Filomena. Pero si ella adoptaba el gris para vestir su existencia, la tristeza y la apatía de Jacinto imposibilitaban el que a su amargo carácter, que contagiaba a cuanto rozaba o quien se relacionaba con él, se le pudiese atribuir otro color que no fuese el negro.**

**Trabajaba en el matadero municipal. No corrían buenos tiempos y al morir su padre, la carnicería que éste regentó hasta su fallecimiento, le vino grande a su escasa experiencia y poco a poco fue perdiendo cuota de mercado en aquel barrio en el que proliferaron las grandes superficies y los comercios especializados. Aunque de algo habían de servirle aquellos años pasados entre solomillos y piernas de cordero; asaduras de cerdo y filetes de ternera; conejos y pichones. Como un verdugo de segunda clase, matarife al fin, desempeñaba su trabajo en una sangrienta, aunque necesaria, ceremonia, inmolando a diario cientos de pobres bestias que llegaban de madrugada, apretujadas en camiones, mugiendo, balando, gruñendo, la premonición desesperada de su fin cercano.**

**Agotado, al finalizar la jornada, intentaba desprenderse, bajo la ducha reparadora, del hedor insoportable a muerte que impregnaba, no solo sus ropas de trabajo, sino todo su cuerpo, higiénica tarea ésta que le ocupaba un tiempo que, añadido al de atender a su anciana madre en las necesidades más apremiantes, hacía que, acudiese siempre a su cita cotidiana con Filomena, con un retraso que ella asumía, bendita mujer, con dignidad, tomándose, como cada tarde, a pequeños sorbitos, el sempiterno café con leche que le servía, como cada tarde, el viejo camarero del Café Saturno.**

**Su relación se había transformado en un desatino que Jacinto, comodón y poco amante de aventuras, seguía considerando viable. Al fin y al cabo él la quería. ¿No? Se veían a diario, paseaban los domingos por el parque, iban al cine alguna tarde y una vez habían hecho el amor en un hotel, en una especie de bis a bis mecánico, frío y desapasionado, contagiada su urgencia por las prisas del alquiler de una cama extraña. Porque en su casa era impensable, por su madre, y en casa de Filomena era imposible, por los vecinos. Ya se casarían. ¡Vaya si se casarían! Pero no había prisa. ¿Porqué embarcarse en una aventura definitiva, si estaban tan bien así? Así. En la monotonía más absoluta que presidía aquellas vidas en su transcurrir cansino y monótono. Día a día, semana a semana, año tras año, como la línea plana del encefalograma que señala el momento de la muerte. Como en un explosivo combinado de resultados imprevisibles que mezclase la apatía de Jacinto con la desesperación de Filomena.**

**Porque Filomena lo quería también. Sí. Aunque parezca mentira. Lo quería. Ya casi había olvidado la tarde de domingo en que empezó todo, cuando, en la cola de un cine, rodaron por el suelo las monedas que sacaba de su cartera. Y como aquel desconocido, tan azorado como ella misma, se afanaba en recogerlas y se manchaba las manos tratando de recuperar algunas de ellas que habían caído en un pequeño charco, junto a la acera. Y como ella le dio las gracias y como**

**él respondió, tímido, con un “de nada“, más parecido a una disculpa que a una fórmula de urbanidad. Y como se buscaron sus miradas, disimulando entre las cabezas de ajenos espectadores, a dos filas de distancia. Y aquellas sonrisas estúpidas al encontrarse éstas. Y como ambos se hicieron los encontradizos a la salida, para celebrar con nuevas sonrisas la ceremonia de la sorpresa. Y aquel tímido “me llamo Jacinto” y aquel, no menos azorado, “pues yo Filomena”, analizándose, observándose, fijándose ya abiertamente el uno en el otro.**

**Un inocente café con leche y una cerveza actuaron como testigos, en una abarrotada cafetería cercana al cine, de las primeras confidencias. Se alineaban los dos en aquella edad en la que tantos hijos, renunciando a su independencia, se aferran a unos padres que suspiran ya por recuperarla. Jacinto vivía con los suyos, casi ancianos ya, ayudando, preparándose, para heredar la carnicería familiar y de barrio que mantenían abierta, cada vez con mayores problemas, a remolque de los vientos inciertos que propiciaba la feroz competencia de los supermercados. Filomena, por su parte, habiendo quedado huérfana cuando apenas era una adolescente, convivía con una tía lejana, de la que adoptó, inconscientemente, el universo gris en el que se debatía, y en el que incluyó, desde aquella tarde en la cola del cine cuando sus monedas rodaron por el suelo, el negro transcurrir por la vida de aquel bueno y aburrido Jacinto, que se empeñó, después de las**

**confidencias frente al café y la cerveza, en acompañarla hasta su casa, dando un paseo, durante el que le contó ella como vegetaba en una librería cerca del Rastro, cuyo propietario, ante su eficiencia, la había nombrado encargada, abandonando en sus manos aquel negocio rancio y anquilosado, donde su buen hacer, modestia aparte, lo mantenía en un nivel aceptable y suficiente para la supervivencia de empleada y propietario.**

**La monotonía de sus vidas, que antes ignoraban por separado, se convirtió desde aquel día en una sucesión de cotidianos tedios compartidos que, cada tarde, frente a la cerveza y al café con leche que ella bebía a pequeños sorbitos en el habitual velador frente a la cristalera del Café Saturno, confluían, como dos afluentes, al río del aburrimiento que desembocaría años después, caudaloso, en el mar del desencanto.**

**Porque se enamoraron. O se necesitaron. O ambas cosas a la vez. Sus vidas solitarias sintieron la necesidad de concelebrar aquel réquiem que, ejecutado al unísono, se suponía menos trágico. Constatando pronto que, si poco tenían que contarse sobre sus trabajos, sobre sus míseros sucesos cotidianos, sus vidas, al margen de los mismos, no aportaban emoción alguna con la que llenar horas que en su monótono transcurrir les contemplaban a diario y casi siempre silenciosos, en su encuentro de todas las tardes.**

**Y fueron desvaneciéndose los años, sin una promesa que les permitiese vislumbrar un horizonte de esperanza. Empeñando ilusiones y juventud en la almoneda del desamor que se iba avvicinando a pasos agigantados a medida que se sucedían las primaveras y los otoños. A medida que la tristeza y el conformismo se adueñaban de sus vidas.**

**Murió el padre de Jacinto, lo que le supuso, aparte del incremento de su ya importante dosis de tristeza, hacerse cargo de aquel negocio que se debatía, inviable, en sus últimos estertores. Heredando, además, el deber de cuidar de aquella exigente mujer que era su madre, que, en una escena de incomprensibles planteamientos - ignorada siempre por Filomena, le prohibió que, mientras viviese, mujer alguna pusiese los pies en aquella casa, fuese o no su esposa.**

**Navegaba pues, Jacinto, en un mar de mentiras, rechazando con inaceptables excusas, las tímidas propuestas de Filomena, deseosa de abandonar de algún modo el celibato y aquella existencia gris que se acrecentaba día a día. “Cuando nos deje tu tía” o “Cuando fallezca mamá”, fueron las primeras condiciones y las únicas con algo de sentido. Pero al fallecer la tía de su novia y ante la aparente buena salud de su madre y la ignorada, por parte de Filomena, prohibición, Jacinto incluyó finalmente en el listado de inconvenientes, la deficitaria**

**marcha del negocio, su posterior cierre y el insuficiente salario del matadero.**

**Filomena, aceptó al principio, por desconocimiento de una y, por buena lógica, la concerniente a su lejano familiar, las trabas que argüía Jacinto para compartir sus vidas. Pero a medida que transcurrían los meses y los años, una nube de determinación irrevocable iba instalándose en su voluntad y en su imaginación, haciéndola maldecir aquellas monedas que cayeron a la puerta de un cine, permitiendo que, al recogerlas, aquel hombre triste y sin personalidad se instalase en su vida, destruyéndola.**

**Lentamente, pero incrementándose sin pausa, deseos obviados hasta el momento fueron tomando cuerpo. Algo le decía que sólo de ella dependía abandonar, aunque fuese por la puerta de emergencia, aquella mediocridad. Que aún estaba a tiempo. Que todavía tenía algo que ofrecer.**

**Y se trazó un plan, que consistió al principio en mentirle a Jacinto pequeñas excusas para eludir, esporádicamente, su encuentro diario en el Café Saturno después del trabajo. Y se dio cuenta de que el efecto que conseguía con sus ausencias era contrario a lo esperado y que actuaba en su novio como un elemento liberador y en ella, ante su actitud, como un revulsivo que la impelía a seguir experimentando posibilidades de escapatoria.**

**Inventarios inexistentes, extemporáneas visitas de editores, arqueos inusuales, se sucedían para evitar, no ya solamente cafés vespertinos, sino domingos, eternos fines de semana e, incluso, las vacaciones del último verano, en que, simulando una visita profesional a una feria internacional del libro en el extranjero, se embarcó en un recorrido por el románico del Prepirineo con un grupo de la tercera edad, cuyos componentes la doblaban en años y en alegría.**

**Sus esfuerzos por despertar la añoranza, y acaso los celos, de Jacinto resultaron inútiles, estrellándose contra el muro de una aceptación y de un absurdo conformismo que, contrarios a sus planes, ella rechazaba.**

**Decidió entonces, abandonar paños calientes y eufemismos inútiles y en un arrebato de autoestima, desenterró sus instintos más básicos y actualizando la lista de sus deseos inconfesables, desnudó su cuerpo y su alma en un proceso urgente de reciclaje imparable, desempolvando su sensualidad, ofreciéndole al mundo lo que el mundo quisiese, para que fuese tomado, para que fuese apreciado en su valor justo, en su belleza exacta. La belleza que, sin duda, en uno u otro modo, poseía, momificada, enterrada bajo vendajes en el sarcófago de su absurda existencia.**

**El vaho empañaba el espejo del cuarto de baño desde donde la silueta de su cuerpo desnudo se reflejaba como si surgiese del mismo atravesando una espesa niebla. Hacía unos instantes, bajo la ducha tibia y placentera, intentaba limpiar no solo su piel, sino también la conciencia que la hacía sentir sucia y culpable, a medida que, cada vez con mayor asiduidad, recurría a emociones solitarias a las que se entregaba cuando al despertar, en el calor del lecho, era poseída por un amante tierno e imaginario inventando caricias con sus propias manos. Aquellas manos que ahora despojaban de brumas el espejo que le devolvía, recuperando su nitidez, los rasgos olvidados y atractivos aún, de su anatomía.**

**Filomena dejó caer al suelo la toalla con la que se secaba y se contempló lentamente, detenidamente, como jamás lo había hecho, indagando datos, contemplando detalles, turgencias, rincones inexplorados antes. Con ojos de hombre. Debía mirarse con ojos de hombre y confirmar desde el sexo opuesto si aún resultaba apetecible. Deseable.**

**Lentamente. Como si en un rito sensual se exhibiese voluptuosa ante un “voyeur” imaginario que la observase clandestino, se deslizó suavemente en delicadas prendas de encaje transparente que, insinuando mórbidas palideces, invitaban a retirarlas, a arrancarlas**

**con violencia contenida, para disfrutar de nuevo con la contemplación del atractivo paisaje de su piel.**

**Algo iba a cambiar desde aquel día.**

**El maquillaje adecuado, el corte de pelo y el color precisos. Los vestidos alegres, la acompañarían en el futuro. El mundo asistiría atónito a la metamorfosis que iba a transformarla en una nueva mujer.**

**Atrás quedarían la tristeza y la conmiseración. El gris pasado. Atrás iba a quedar Jacinto, como una página arrugada, en la papelera de su anterior existencia. Cuantos días, cuantas noches en blanco le habían costado tomar aquella decisión. Cuantas lágrimas inútiles suplicando a aquel ser aburrido, incapaz de comprender que debían compartir su vida, que el amor se les escapaba por entre los descosidos de un vivir infame. A partir de ahora sería ella quien dictase las pautas, quien eligiese los momentos, quien tomase las decisiones para que, quién la quisiese, la amase o simplemente la desease, lo hiciera desde el ángulo exacto, concediéndole el valor justo, otorgándole el amor y la pasión imprescindibles para conseguir su estima.**

**- ¡ Por favor, señorita! - Con una súplica en la que se adivinaba temor ante el riesgo presentido, se dirigió Paulino Fresnedillo, propietario de la librería “El Manco de Lepanto”, a la mujer que encaramada en una escalera de mano, parecía buscar un libro entre los**

**estantes superiores de la estantería en la que ésta se apoyaba. - Deje que la empleada le ayude – continuó mientras sujetaba con ambas manos la escalera, a la vez que llamaba - ¡Filomena! ¡Filo! -, sin encontrar respuesta.**

**Desde las alturas, una voz familiar le respondía, haciéndole levantar la vista.**

**- Estoy aquí, don Paulino – una desconocida Filomena se dirigía a él mientras comenzaba a descender la escalera, obsequiándole con una fugaz visión de sus piernas que, enfundadas en sutiles medias negras, se difuminaban entre las escasas profundidades de una audaz minifalda.**

**Como un niño que en la noche de Reyes se diese de bruces en el pasillo con un camello comiéndose las habas en su zapato. Como un pescador que contemplase, atónito, el coletear desesperado de una sirena atrapada en su red. Como si un blanco manto de nieve cubriese la ciudad en pleno mes de agosto. Boquiabierto, atónito, paralizado ante la contemplación de aquella hermosa mujer que pretendía ser su antigua empleada y de la que únicamente reconocía la voz y el brillo expresivo de sus ojos verdes, Paulino Fresnedillo, balbuceó apenas, mientras tragaba saliva, una sarta de palabras inconexas:**

**- ¿Filomena? Pero... ¿De verdad es usted? – preguntó mientras recorría con su mirada el espectacular resultado de**

**la renuncia a la vulgaridad gris de quien hasta aquel momento y desde hacía ya diez años era la encargada de su establecimiento.**

**La melena pelirroja, se desparramaba sobre sus hombros. Un ajustado jersey resaltaba volúmenes insospechados, mientras unas piernas largas y esbeltas, cubiertas apenas por una falda mínima, se sostenían en precario equilibrio sobre unos tacones de escalofrío.**

**- He decidido resucitar, Don Paulino - confesaba aquella aparición que, de pronto, iluminaba con su presencia los serios anaqueles del establecimiento.**

**El propietario de “El manco de Lepanto” fue la primera persona en disfrutar de la transformación de Filomena. No iba a ser el último.**

**El gesto solícito de un desconocido viandante ofreciéndose a ayudarla a cerrar aquel maldito candado, marcó la diferencia de aquella tarde, que ya no era como todas. A partir de aquel momento habían comenzado a ser distintas.**

**Miradas, indiferentes hasta entonces, perseguían sin disimulo el vértigo de su caminar, mientras cruzaba la calle camino del habitual velador del Café Saturno, donde el viejo camarero se sorprendía al escuchar como una “familiar” desconocida le ordenaba, sin pestañear, un “*Bloody Mary*” bien cargadito.**

**Enarbolando la bandera de sus excusas, el cántico del agobio inevitable que había comenzado a pronunciar en su discurso cotidiano, Jacinto pidió, creyendo haberse equivocado, disculpas a la persona que se sentaba, junto al cristal, en su mesa de siempre a la vez que volvía la cabeza buscando, sin encontrarla, la figura gris de Filomena.**

- **Siéntate, Jacinto. – con la misma voz que había sorprendido al estupefacto propietario de la librería “El Manco de Lepanto, se dirigió Filomena a su agitado y sudoroso novio, que a medio despojarse de su abrigo, permanecía en pie, ridículamente paralizado, sin dar crédito a que aquella belleza que había pronunciado su nombre fuese realmente la mujer con la que, desde hacía años, compartía su triste caminar hacia ninguna parte.**

**Asistió entonces Jacinto a una crónica pormenorizada de sinsabores, de frustraciones, de falsas expectativas, de promesas incumplidas, que, desde el fondo de su corazón y de la rabia contenida hasta entonces, le escupía aquella boca que había olvidado besar inmerso siempre en sus lamentaciones, a la vez que contemplaba la increíble transformación de aquella mujer de belleza ignorada que, marginada por su indiferencia, escapaba, como la mariposa tras su metamorfosis, del submundo infrahumano que había soportado callada, con la esperanza, siempre defraudada, de un futuro mejor. Sin**

**haber pronunciado palabra alguna. Sin la más mínima opción para una defensa imposible. Azorado por las miradas que, de reojo, le dirigían algunos parroquianos, atónitos ante el inesperado espectáculo, permaneció sentado y boquiabierto, mientras Filomena, liberada finalmente de las ataduras de su existencia gris, abandonaba para siempre el Café Saturno y su vida. La nueva Filomena, escapando, libre al fin, de su pasado de tedio, comenzaba su andadura por un futuro de esperanza que se le ofrecía generoso.**

## TRES

**Quejas metálicas de chatarra retorcida. Olor asfixiante de plásticos quemados. Oscuridad. Después silencio. Oscuridad herida por faros que rasgan la tiniebla a ciento veinte kilómetros por hora, ignorantes de la tragedia. El coche yace boca abajo en el arcén solitario. Ajeno a la visión de los que conducen casi rozándolo, el automóvil volcado escucha el débil lamento del hombre que, atrapado en el amasijo de hierros, se debate inútilmente entre la inconsciencia y el dolor de sus heridas, de sus huesos rotos.**

**Hace unos minutos Braulio Céspedes, voluntarioso escritor, aún poco conocido, regresaba a su casa, eufórico. La entrevista con su editor había resultado fructífera, no sólo para su vanidad, sino también para su cuenta corriente. El éxito de su primera novela, la aceptación de público y crítica, le catapultaban hacia metas impensables meses antes. En su cartera, junto a su inseparable ordenador portátil, un contrato de ensueño que hubiese firmado sin leer, pero que, honesto y agradecido, deseaba compartir con su esposa, sin la cual, sin la paz que ésta aportaba a su vida para la necesaria concentración, su creación literaria no hubiese alcanzado jamás la calidad que aquella oferta corroboraba.**

**Un instante trágico, una distracción o un fallo mecánico, quizás un exceso de confianza despreciando los peligros de un camino habitual y conocido, iban a dar al traste con todas sus expectativas.**

**Pronto, los restos del coche destrozado junto a la carretera alertan a otros conductores que se acercan para comprobar la magnitud del accidente. Sus voces, no llegan ya hasta el inerte Braulio. Tampoco escucha el ulular estridente de la ambulancia, minutos después. Ni siente ya dolor cuando es rescatado de la cárcel de acero que lo aprisiona. Los médicos le aplican una mascarilla de oxígeno y un inútil collarín.**

**Con el cuerpo maltrecho en su interior, la ambulancia se abre paso, urgente, guiada por manos decididas, intentando ganar el tiempo necesario para que aquel inventor de situaciones imaginarias no abandone, durante su precipitado camino hacia el hospital, un mundo que empieza a sonreírle.**

**El destino, ignorante de sus ilusiones, intentando jugar sus cartas inexorables, reclama para cualquier paraíso prometido, el alma y el cuerpo de un Braulio que se resiste a privarnos, valiente, de su incipiente aportación al universo literario.**

**¿Cómo podrían describirse un paisaje o un espacio vacíos?**

**Sin referencias entre las distancias. Sin colores. Ni blanco ni negro. Ni siquiera gris. Sin aire. Sin horizonte.**

**Como un astronauta en un paseo espacial, perdida la perspectiva de su nave. Como un submarinista sumergido en un mar eterno, sin fondo ni superficie, apareció Braulio Céspedes en la nada de aquel lóbrego lugar, como un fantasma flotando sobre vapores inexistentes, sin necesidad de gravitar, levitando. Ausentes el dolor y las percepciones. Arrojado por fuerzas desconocidas a lo desconocido. Sin sensaciones. Sin sonidos. ¿Quizás muerto?**

**Y si había muerto, ¿qué era él? ¿Quién era aquel que se percibía a sí mismo? Flotando en la ausencia total de materia.**

**Se palpó Braulio, reconociéndose. Cuerpo y ropajes. Sus gafas, sus lapiceros, la vieja cartera con su ordenador portátil. Todas sus pertenencias estaban “allí”, con él.**

**El escritor, celoso de sus trabajos, comprobó si el ordenador respondía en aquellas extrañas circunstancias. Más aún, controló si su contenido se encontraba aún a salvo en su soporte magnético. Todo estaba allí. Intacto. Suspiró aliviado. Perder aquella información, era como perder a un hijo, a una familia entera. La reserva de potencia, casi al cien por cien, le permitía incluso revisar el texto en el que trabajaba en la actualidad.**

**Al abrir el archivo correspondiente, la magia más extraordinaria, el prodigio más impensable, condujo, materializó a su lado, como por encanto, a los cuatro protagonistas de su inacabada novela. Cuatro atormentados personajes que se aparecieron ante él tal como su imaginación los había creado.**

**Allí estaba, calvo y miope, Eudaldo, el coleccionista de agendas, consultando, como siempre, sus anotaciones. A su lado, estrafalario en su traje de lamé y sus botas de plataforma, “Beba Crysalis”, el alias de Justino Valdepiedras, contoneándose al ritmo de inaudibles músicas. Filomena, la librera, despojada su figura del ayer gris y anodino, ofreciéndose en su espectacular hoy, pletórico de belleza. Por último, Jacinto, el triste matarife, deseando asesinar, más que sacrificar, rebaños enteros de sumisos animales sometidos a su saña, incrementada por la inesperada decisión de su novia de buscar el amor en otros horizontes. El amor que su desidia le había negado.**

**Los cuatro estaban allí. Dispuestos a ponerse en manos del creador de sus identidades inventadas. Prestos para descubrirle aquellos secretos de sus vidas que la imaginación de Braulio no hubiese sido aún capaz de descifrar ni describir.**

- Hola – saludó, educado. – Mi nombre es Braulio Céspedes. – se presentó. - En cierto modo me considero responsable de todos vosotros – siguió hablando mientras estrechaba,**

**entusiasmado, sus manos. – Aunque, ciertamente, no sabría decirnos con seguridad que lugar es éste y que estamos haciendo aquí. Pero, a pesar de todo, – terminó su salutación – donde quiera que estemos, sed bienvenidos.**

**Con un amanerado “Hoola, soy Beba, Beba Crystals”, surgido de sus labios fucsia profundo, con su voz grave, el imponente Justino Valdepiedras rompió el hielo. Braulio no hubiese podido evitar reconocerle, aún sin presentación, como tampoco pudo evitar los dos estentóreos besos de salutación que estampó en sus sorprendidas mejillas. Al gesto espontáneo de Beba siguieron los de toda aquella “troupe” que, imaginaria o real, saludaba afectuosa al presunto inventor de sus vidas: Consultando una de sus agendas, Eudaldo, confirmaba no tener prevista aquella cita, mientras que Jacinto, el carnicero, se limpiaba las manos en su mandil ensangrentado, antes de saludarle con un escueto “Buenas tardes”. Filomena, plenamente integrada ya en su nuevo y sofisticado rol, susurraba un “Encantada, Braulio” mientras adelantaba una mano blanca y lánguida, desde su nueva apariencia de “barbie” pelirroja.**

**A las presentaciones, siguió un animado coloquio, en el que, con más o menos entusiasmo, participaron todos los componentes del grupo, autor y criaturas, empeñados en descubrir que lugar era aquella especie de vacío absoluto en el que habían sido confinados y**

que se pretendía con ello. Se dividieron en dos grupos y, separándose, caminaron en direcciones opuestas con el fin de determinar su ubicación. Por de pronto, todos ellos coincidían en la ausencia total de necesidades y sensaciones. Ninguno de ellos tenía hambre, ni sed, ni sentía frío o calor. Al regreso de la exploración, las impresiones eran unánimes: Nada. La nada. Una especie de desierto sin arena. Un páramo solitario. Como si flotasen sobre nubes. Hasta que Justino insinuó: “Lo que sucede es que Braulio ha muerto, esto es el cielo y los personajes de su novela inacabada, que estábamos aún pululando en su imaginación, le hemos acompañado en su viaje al más allá”. Ante la aparente lógica de aquella afirmación, quedaron todos en silencio. Meditándola. Calibrándola. Buscándole un sentido a todo aquel absurdo.

Braulio Céspedes, sintió como se le helaba la sangre ante aquella propuesta que aventuraba su tránsito hacia lo desconocido. Inquieto, abandonó por unos instantes a sus criaturas, que se enzarzaron en animadas disquisiciones, intentando cada uno de ellos, someter a los demás a su opinión sobre la situación, y, alejándose del grupo, buscó la concentración necesaria para admitir la realidad. Su realidad. Su memoria se detenía en aquel punto en que conduciendo su automóvil de regreso a casa, componía en su imaginación el discurso, la alegre sorpresa, con la que pretendía obsequiar a su esposa,

**ignorante aún de aquella entrevista con su editor que, plasmada en el borrador del contrato que llevaba en la cartera, había de reportarle la consagración definitiva.**

**Allí finalizaban sus recuerdos, quizás entremezclados con aquellas ideas que bullían en su cerebro y que conformarían la nueva novela, que se perfilaba, ya perfectamente estructurada, hacia otro éxito que iba a ratificar su prolífico momento creativo.**

**Un vértigo inesperado, una sucesión de ruidos de chatarra maltratada, dolor, oscuridad, quietud. Un inútil gemido. Inaudible. Solitario. Después la nada. El silencio.**

**Y ahora, la presencia en aquel “lugar”, inhóspito y vacío donde, por toda compañía, los personajes de su aún inconcluso proyecto, buscaban compartir con él las soledades de la muerte atribuida. Seres imaginarios que, solidarios, pretendían no abandonarle en su camino hacia lo desconocido.**

**En un instante de especial lucidez, desfiló por su imaginación el momento en que un funcionario, quizás un policía, habría anunciado a su esposa la noticia de su accidente. De su muerte. Y conociendo su fortaleza y su carácter, como habría encajado ella, con amarga serenidad, aquel golpe inesperado. Y como se habría cuidado, sobreponiéndose a su dolor, de cada detalle. Del reconocimiento de su cadáver destrozado. De su incineración. De recibir las condolencias de**

**los familiares, de los amigos. Y como habrían maldecido, después de todas las ceremonias, los más íntimos, los que de verdad le querían, la maldita suerte que truncaba su vocación. Con susurros de rabia contenida. Y el día después. La mañana siguiente y el temido e ineludible despertar de ella tras una noche en que, vencida por la pena, agotada, se habría dormido, al fin, en un llanto honesto, profundo, a duras penas contenido hasta el momento de abrazar la almohada vacía. El temido mañana que la obligaba a continuar. Sin él. Sola.**

**Dos cálidas lágrimas rodaron por las mejillas de un emocionado Braulio. Acostumbrado a fabular situaciones imaginarias había descrito, para sí mismo, sus momentos más difíciles. Los momentos que podría intuir pero nunca vivir. Puesto que ya estaría muerto cuando estos se produjesen. Al fin y al cabo, como había atribuido a Eudaldo en el capítulo inicial de la novela en la que trabajaba, la vida era una agenda en la que el destino estaba escrito con tinta indeleble. Y en ella quedarían anotaciones, citas, incumplidas ante el compromiso ineludible de la muerte. Y al tiempo que trataba de apartar de su cabeza aquellos oscuros pensamientos, mientras secaba sus ojos, se conjuraba, se prometía, aprovechar la inesperada compañía de los personajes fruto de su imaginación para arrancarles, como en una**

**confesión, todos sus secretos y completar, finalizar, con su ayuda inestimable, un libro que, posiblemente, y dadas las circunstancias, nadie leería, pero que constituiría el homenaje a todos los que habían creído en él y en su talento.**

**Y así fue como Braulio planeó, en aquel indefinible espacio, sutiles interrogatorios, indiscretas incursiones hasta lo más profundo de los cuerpos y las almas de aquellas vidas ficticias, que, bajo su buen hacer, su habilidad y su ingenio, se convertirían en personajes reales, con emociones y sentimientos, frustraciones y esperanzas y con cuyas vivencias iría llenando páginas y páginas en blanco. Vacías aún en las profundidades de su imaginación.**

**Eudaldo confesaría sus inseguridades y diseñaría propósitos de mejora que sus agendas acogerían en ordenadas anotaciones. Beba, o Justino, o ambos a la vez, le hablarían de sus miedos, de su decisión casi heroica, de sus sufrimientos. Filomena compondría un bello poema de colores sobrevolando su triste pasado y finalmente, Jacinto, seguiría intentando abrir las puertas que le cerraba su actitud conformista frente a la vida. Pero algo impredecible iba a suceder.**

**La interrelación de aquellas cuatro imaginarias identidades, con todas sus cargas físicas y morales, con sus ambiciones y sus miserias, con las del propio escritor, plantearían, provocarían, en aquella convivencia fantástica, situaciones difíciles de dominar, puesto**

**que los propietarios de tan diversos caracteres, liberados generosamente por el autor, de la mordaza de un único cerebro que actuaba, pensaba y decidía por ellos, tenían algo que decir.**

**Más de una hora, tratando de alcanzar, en una regresión heroica, su aspecto normal y cotidiano había invertido Beba, sin lograrlo, hasta convertirse en un Justino algo diferente, que, embutido en un abrigo, no demasiado llamativo, aunque, eso sí, adornado con un cuello de marabú azul eléctrico, que disimulaba en su amplitud artificiales redondeces, se sentaba en la terraza de un céntrico café, aguardando la llegada de Eudaldo que, empeñado en consultarle, según él, asuntos de vital importancia, le había allí citado la noche anterior en aquel encuentro tras su actuación en “La Ratita presumida” y aprovechando su visita a la ciudad. El lugar y la hora de la cita fueron anotados cuidadosamente por Edu en una agenda verde. A Beba o Justino, aquella cita se le antojaba poco menos que misteriosa y no exenta de un cierto morbo.**

**Pese a su espectacular transformación, “de calle, modosita” como él decía, tuvo que soportar Justino, las miradas que, entre divertidas, reprobatorias y casi siempre de reojo, le dedicaban los asombrados clientes de las mesas vecinas, no sabiendo, a ciencia cierta, si atribuir las a los ceñidos pantalones de piel de leopardo que cubrían**

**sus largas piernas, sobresalientes del abrigo, al ya citado cuello de marabú azul eléctrico que adornaba éste o a las kilométricas uñas de porcelana que le daba tanta pereza quitarse y que, de un color verde jade intenso, contrastaban con el vaso de horchata que sostenían sus manos y del que succionaba, con una pajita de plástico, el blanco contenido.**

**Al llegar junto a la terraza, buscando entre las mesas la presencia esperada de Justino y descubriendo aquella escandalosa realidad que se ofrecía impúdica e indiferente de su aspecto, tentado estuvo Eudaldo de seguir su camino sin detenerse.**

**Pero un agudo: ¡Edu!, ¡¡Edu!!, abortó su previsible huida ante el descubrimiento del espectacular Justino que, levantándose, acudía a su encuentro y le saludaba con dos sonoros besos acompañados por un ¡Muá!, ¡Muá! y un “¡Cuidado con el maquillaje, no te manche!” , seguidos de un familiar “ Siéntate, hombre. ¿Qué vas a tomar? “ al tiempo que, apoyando la mano en su hombro, le conducía hasta la mesa que ocupaba.**

**Hubiese querido evaporarse Eudaldo mientras ordenaba su cerveza al camarero que, contemplando a la extraña pareja con una sonrisa de complicidad, le ubicaba, como protagonista, de una de aquellas citas que se anunciaban en los anuncios por palabras de los**

**periódicos, con textos explícitos: “ Travesti “Nuria”, superdotado. ¡Atrévete!”.**

**- Y bien, Edu. – disparó Justino apenas su amigo tomo asiento -  
¿En qué puedo ayudarte?**

**La batería del ordenador portátil de Braulio mantenía, misteriosamente, toda su carga, a pesar de que había ya tecleado en el mismo, aquel encuentro entre Eudaldo y Justino, con el que pretendía continuar el texto abandonado tras su accidente, tras su supuesta muerte, en aquel ignoto espacio que compartía con los cuatro protagonistas de su novela.**

**Llegado a este punto, Braulio, no convencido aún de los argumentos de la cita, planeada en su imaginación, y que debía esgrimir Edu, en aquella, pretendidamente, desesperada consulta a Justino sobre sus legítimas ambiciones con las mujeres, sus temores y sus indecisiones, apelando a su vieja amistad y, sobre todo, a su supuesta y neutral perspectiva sobre el tema, quiso brindarle al propio personaje la oportunidad de que fuese “él mismo” el que, tomando su sitio frente al ordenador, describiese, redactase, desde la profundidad exacta de sus sentimientos, aquella entrevista que se le antojaba vital para lograr resultados con que llenar en un futuro próximo y feliz, las**

**páginas que permanecían en blanco en el cuaderno rojo de sus emociones.**

**Buscó Braulio entonces a Eudaldo para hacerle llegar su idea, hallándole, unos metros - ¿podía medirse la distancia en el vacío? - más allá, en animada conversación con Filomena, que relataba a su atento oyente, los pormenores de su trabajo en la librería “El manco de Lepanto”. Edu, gran aficionado a la literatura, preguntaba sobre las interioridades de aquel negocio, que evidentemente desconocía. Pero la actitud que descubrió Braulio, con su desarrollado olfato indagador de caracteres que después plasmaba en sus libros, no fue la simple curiosidad o expectación que, ante las explicaciones de Filomena demostraba éste, sino su embelesamiento, como si estuviese escuchando recitar hermosos versos a la luz de la luna y al entusiasmo con que adornó su contrapunto describiéndole a ella toda la parafernalia de botones, cintas, agujas e imperdibles que poblaban su vida como Adjunto a la Dirección de la empresa de artículos de mercería en la que trabajaba.**

**Desistió pues Braulio de despertar a Edu de aquella especie de trance en el que se hallaba sumido y sin interrumpir la escena, respetando la libertad que se manifestaba en sus personajes que abandonaban, relacionándose con los demás, los roles que les había atribuido en su novela, el escritor regresó a su texto. Tiempo habría,**

**pues, por desgracia, el tiempo era infinito en aquel absurdo, para contrastar con las opiniones de su protagonista las ideas que trasladaría después, definitivamente, al escrito en el que trabajaba.**

**Algo separados de los demás, Beba, en traje de faena, se aplicaba a su diaria sesión de aeróbic, mientras Jacinto, serio como siempre, celoso, observaba desde lejos a Eudaldo y Filomena, tratando de descubrir los secretos de la conversación que mantenían su ex y aquel atildado vendedor de puntillas.**

- Y bien, Edu. ¿En qué puedo ayudarte? – con la pregunta de Beba, retomó Braulio el texto en el punto en que lo había abandonado.**

**Eudaldo trató de resumir en una confesión sincera la preocupación que le embargaba. Su ansiedad ante la anormal aprensión que provocaba en las mujeres y que le impedía relacionarse con ellas de un modo natural y espontáneo. Que bagaje, que realidades debería aportar para vencerla. Justino escuchó atentamente y, tal cómo presumía Edu, se reveló pronto desde su lado más femenino: Las mujeres necesitan hombres que, a su lado, sigan siendo libres. Hombres que expresen su cariño sin servilismo. Comprensivos y tolerantes, asimismo, con su propia libertad. Fuertes ante las adversidades. Capaces de maniobrar en momentos en que la**

**convivencia manifieste su inevitable lado amargo. Discretos con su intimidad. Intuitivos para evitar la invasión de las zonas privadas de la compañera. Sí. La compañera. La acompañante. La cómplice. La amante. Ser el más tierno en el amor más tierno y el más salvaje en el amor salvaje que, en ocasiones, aparece para demostrar que, pese a todo, seguimos siendo animales. Con nuestros instintos más primarios a flor de piel. Hombro donde ahogar las tristezas. Abrazo con que confortar las frustraciones. Alegría para compartir las alegrías. Mano de la que asirse para superar hasta los más pequeños obstáculos. Impulso para soñar metas inalcanzables. Calor en las noches de invierno. Ternura para evitar las lágrimas. Pañuelo para secarlas.**

**Eudaldo, escuchó aquel alegato del amor perfecto que, un emocionado Justino, le brindaba desde su aspecto ridículo, diciéndose mientras, que aquella utopía sólo podría lograrse desde el entusiasmo que manifestaba su amigo.**

## CUATRO

**Justino, agotado pero, extrañamente, sin una gota de sudor que perlase su rostro ni empapase su ropa, dio por finalizada aquella serie de pasos y cabriolas que, entre baile y gimnasia, conformaban su sacrificio diario para conservarse en la buena forma que le exigía el transformarse cada noche en aquella furia desatada que atendía por “Beba Crysalis”. No era fácil mantenerse en aquella profesión. El perfecto estado físico, la imaginación imprescindible a la hora de diseñar el vestuario, las buenas relaciones con los agentes artísticos que movían los hilos de aquel negocio y sobre todo el saber sobrellevar, sin desmoralizarse, la feroz lucha interna y sin un ápice de compañerismo existente en aquella colectividad que formaban las ciento y la madre “drags” que, como flores en mayo, habían proliferado al llamado de un público que, mayoritariamente, no las tomaba demasiado en serio pero que, afortunadamente, pagaba por ridiculizarlas en sus actuaciones y una minoría de “gays”, que reclusos en sus ghettos, en sus locales de “ambiente”, apreciaba y jaleaba sus extravagancias.**

**Justino saboreaba ahora las mieles del triunfo, pero sabía de sacrificios y de incomprendiones. Se había tragado muchas lágrimas de soledad, hasta que decidió terminar, hacía ya diez años y en una confesión desesperada, con la insostenible búsqueda de la realidad de**

**su sexualidad que, en absoluta beligerancia con el aspecto de hombre de su cuerpo, le había procurado tantas heridas y tantos desengaños.**

**Coherente con su decisión, honrado consigo mismo, el auténtico Justino se dispuso desde aquel instante, dramático y liberador a un tiempo, a comenzar una nueva vida lejos de los hipócritas condicionantes que le habían amordazado hasta entonces, traicionando sus inclinaciones, ocultando sus deseos, desoyendo sus verdades.**

**Una nueva vida difícil y solitaria que le llevó de ciudad en ciudad, de amante en amante, de trabajo en trabajo, hasta que la casualidad quiso que una imprevista sustitución de un amigo que parodiaba a “Priscila, la reina del desierto”, le descubriese aquel universo de plumas, pelucas y lentejuelas, que, transformándole en “Beba Crysalis”, marcó el inicio de una imparable carrera que aquellos días, en plena gira, se había detenido en la ciudad de la que huyó y en la que había recibido la sorprendente visita de su amigo Eudaldo Flancínez.**

**Quiso Justino conocer el texto que había escrito Braulio sobre aquella entrevista y solicitó del escritor leerla y comentarla juntos, con el fin de aportar la visión exacta desde su protagonismo, añadiendo el realismo imprescindible para conferir el máximo de credibilidad a aquel episodio de la novela.**

**Compartió con él, absolutamente, aquella especie de decálogo de necesidades y de consejos, que, con su carga de amor, había puesto en su boca y con los que pretendía ayudar a Eudaldo a normalizar su relación con las mujeres. Había en aquellos párrafos emoción y sensibilidad y los asumía plenamente.**

**Pero, desde su punto de vista, el autor se había adentrado en el mundo de la homosexualidad en un tono menor, tragicómico, sin ahondar en el drama que suponía para muchos hombres y mujeres dar el gran paso.**

**Un Justino serio y profundo hizo ver a Braulio, con amargura, el error cometido al alinear a todos los homosexuales en aquel submundo de “mariconas” que viviendo el absurdo de un carnaval permanente, constituían un colectivo de bufones emplumados y de folclóricas trasnochadas, que en nada contribuía a la aceptación por parte de la sociedad de una gran mayoría que, como él mismo, se consideraban perfectamente integrados, capacitados para desempeñar cualquier tipo de actividad laboral o intelectual y en ningún caso merecedores de discriminación alguna en función de sus inclinaciones.**

**“Beba Crysalis” y sus actuaciones en cabarets de “ambiente” como “La ratita presumida”, constituían para Justino un *modus vivendi*, tan honrado como pudiera ser el de un vendedor de calcetines. Algo más divertido, posiblemente. Pero absolutamente honesto. Las**

**plumas, las lentejuelas y las pelucas, permanecían olvidadas en el camerino hasta la próxima actuación. Jamás había recurrido a siliconas ni operaciones para resaltar algo que no pudiese conseguirse con rellenos u ortopedias. Justino era universitario y si desempeñaba aquel trabajo era porque una casualidad le había llevado, accidentalmente, hasta el mismo.**

**Justino se propuso entonces, junto con el escritor, rehacer la página en que se relataba la cita con su viejo amigo, anulando pantalones de piel de leopardo, abrigos con cuello de marabú azul eléctrico y kilométricas uñas verde jade, sustituyendo aquellos accesorios absurdos y en nada acordes con su verdadera personalidad fuera de los escenarios, con la realidad exacta, tal como la hubiese vivido Justino Valdepiedras, si de un personaje de carne y hueso se tratase:**

**Más de una hora, hasta alcanzar, en una regresión heroica, su antiguo aspecto normal y cotidiano, había invertido Beba, hasta convertirse en el Justino de aspecto deportivo y saludable, que, con seguridad, esperaba encontrar Edu.**

**Sentado en aquella terraza, aguardaba tranquilamente la llegada de su amigo que, empeñado en consultarle, según él, asuntos de vital importancia, le había allí citado, la noche anterior, en aquel**

breve encuentro tras su actuación en “La ratita presumida” y aprovechando su estancia en la ciudad. El lugar y la hora de la cita fueron anotados cuidadosamente por Eudaldo en una agenda verde. No podía intuir Justino el motivo de aquella convocatoria inesperada y misteriosa, no exenta de un cierto morbo.

En la fría, aunque soleada, mañana, Justino leía un periódico que apartaba constantemente de su rostro para que la llegada de su amigo no le pasase desapercibida. Vestido con unos tejanos impecables y un grueso jersey con cuello de cisne bajo una elegante parca y expuesto al tímido sol de marzo, observaba a las gentes que habían sido sus paisanos y que disfrutaban, como él mismo, de la apacible mañana de domingo. Ni por asomo podían imaginarse, las personas que paseaban frente a aquella terraza ni las que se sentaban en las mesas vecinas, que aquel hombre, aún joven, elegante y discreto, pudiese transformarse radicalmente, cada noche, en un torbellino centelleante, que hacía rugir de entusiasmo a todas aquellas “leonas” que se entusiasmaban con su exagerada actuación. En carnaza para maricones desinhibidos.

Al llegar al lugar de la cita, Eudaldo buscó entre las mesas la presencia esperada de Justino al que descubrió, reconocible esta vez, leyendo un periódico y sorbiendo con una cañita de plástico una inocente horchata.

**Despojados de las violentas sensaciones producidas por el asombro de la noche anterior, le saludó con un gesto familiar, mientras Justino, levantándose, tendía una mano franca que en un fuerte apretón precedió al abrazo entrañable de dos viejos camaradas, que con algunos años y unos pocos kilos de más y algún cabello menos se encontraban al cabo del tiempo. Tomándole cariñosamente por el hombro le conducía después hasta la mesa que ocupaba, al tiempo que preguntaba:**

**- Siéntate Edu. ¿Qué vas a tomar?**

**Se sintieron a gusto. Y las confidencias que los años de ausencia habían evitado, se antepusieron al motivo de la cita, que pronto reclamo Justino: Y bien, Edu. ¿En qué puedo ayudarte?**

**Braulio rectificó aquel pasaje bajo la supervisión de Justino. Aunque fundamentalmente nada había cambiado, si había perdido, a su entender, el tono festivo y agridulce con que había comenzado a definir a sus personajes. Si, de una parte, resultaba lógico aprovechar aquellas extraordinarias circunstancias para resaltar la autenticidad de los caracteres, sentía como, al mismo tiempo, perdían éstos la espontaneidad y la frescura que intentaba transmitir en su novela.**

**Bajo ningún concepto pretendía que alguna de aquellas criaturas surgidas de su imaginación resultasen portadoras de**

**polémicos alegatos; la liberación de la mujer oprimida por las circunstancias, por el machismo o por su propia inseguridad, en el caso de Filomena, o el manifiesto de la libertad de elección del sexo, de la integración en la sociedad de los homosexuales, en lo referente al personaje de Justino Valdepiedras. Nada más lejos de sus intenciones.**

**La ciencia reservaba espacio suficiente en sus publicaciones especializadas para que sesudos hombres de ciencia expusieran al mundo sus teorías en documentados ensayos resultantes de sus investigaciones científicas.**

**Su única pretensión era entretener. Contar una historia donde personajes ficticios mostrasen al lector sus ficticias vidas, sus miserias, sus aprensiones, sus esperanzas, sus pasiones. Sin atisbo alguno de moralina edificante.**

**Trató de apartar de sus pensamientos todas estas consideraciones que le distraían peligrosamente del verdadero motivo con que había celebrado la oportunidad de conocer realmente a sus personajes. No debía olvidar que era él, y sólo él, quien dominaba la situación. Y los protagonistas de aquel proyecto debían plegarse al destino que su imaginación diseñase para ellos.**

**Decidido, destruyó la escena que había escrito junto con Beba que, en coherencia con su idea original, sería más Beba que Justino, más pluma loca que homosexual discreto, disponiéndose a continuar**

**con el discurso previsto. Cerrando aquel paréntesis de protagonismo que, erróneamente, su generosidad había cedido a sus acompañantes en aquel absurdo lugar. No concedería más oportunidades.**

**Se aisló entonces de las cuatro identidades que habitaban, con él, aquel espacio vacío, delimitando sus relaciones con ellas; creando una especie de ghetto cuya imaginaria puerta cruzarían únicamente en el momento en que sus figuras fuesen requeridas para llenar alguna de las páginas que, en su obra, tenían reservadas. De momento, la experiencia con Justino había fracasado. Los demás no iban a gozar de la suya. Al menos por ahora.**

**Jacinto no comprendía que estaba haciendo “realmente” en aquel lugar. A pesar de las explicaciones dadas por aquel individuo que se había presentado como el autor de sus vidas imaginarias. Como el padre de todos ellos. Como una especie de “dios” que hubiese creado, a su imagen y semejanza, cuatro seres ficticios a los que insuflaba el alma a través de aquel ridículo ordenador que llevaba siempre consigo.**

**Había pasado Jacinto a compartir, en una cabriola mágica, en un escorzo inimaginable, aquel espacio vacío y misterioso con los otros personajes. Desde el ridículo de su indefensión. Desde la sorpresa y la rabia ante la escena que Filomena, su novia hasta entonces, travestida**

**en una especie de mujer fatal de pasarela, había representado en el escenario del eterno velador junto a la cristalera del Café Saturno y ante un público constituido por los parroquianos habituales, tentados, incluso, de aplaudir. Hasta llegar a aquella especie de ingravidez en la que flotaban, él mismo, la nueva Filomena, pelirroja y sorprendentemente exuberante, un calvo y miope habitante de la más lóbrega oficina y una “loca” indescriptible que bailaba a todas horas. Todos ellos bajo la protección, o la vigilancia, de su supuesto autor.**

**Retraído por naturaleza, tímido hasta la saciedad, se mantenía Jacinto al margen de aquel grupo. De Filomena, por razones obvias, y, del resto, porque no se veía capaz de sostener una conversación seria con aquel fante de rostro pintarrajeado. De Eudaldo, porque le enrabetaba el aire de misticismo que adoptaba cuando hablaba con “su” Filo y finalmente de Braulio, porque, sencillamente, no estaba satisfecho con aquel papel de perdedor que le había atribuido a su personaje en la novela.**

**Si Filomena le había acusado, poco más o menos, de ser el causante de todos sus males, de haber arruinado su vida, Jacinto podría defenderse esgrimiendo el conformismo, el aburrido transitar por la vida de aquella mujer gris, que le había impregnado de su tristeza congénita. Porque él podría tener defectos, que los tenía, pero una relación de diez años, debía haberse reconducido desde el diálogo y el**

**amor hacia metas más optimistas. Por todo ello, Jacinto no perdonaría jamás a aquel hombre, que pretendía manejar arbitrariamente los hilos de sus existencias de papel, el que no hubiese contemplado la posibilidad de que, al menos, una exposición sincera de sus sentimientos tocase la fibra sensible de Filomena para tratar de evitar aquella dolorosa e irrevocable ruptura.**

**Desde los anaqueles que vestían hasta el techo las paredes de la librería “El manco de Lepanto”, millones de textos encuadernados en todo tipo de ediciones, rústica, piel, de bolsillo; celosos guardianes del pensamiento, de la imaginación y de la sabiduría de tantos y tantos autores, clásicos, románticos, contemporáneos, vigilaban el lento transcurrir de las horas en aquel ambiente sereno y silencioso poblado, intermitentemente, por ávidos buscadores de cultura, de emociones, de distracción apacible.**

**Eudaldo Flancínez, empedernido consumidor en sus ratos de ocio de todo tipo de literatura, curioseaba entre los estantes, como hacía a menudo, intentando descubrir alguna novedad con que nutrir su, ya de por sí, extensa biblioteca.**

**En su mente, latente todavía, la conversación y los consejos recibidos de su amigo Justino, que se había desvelado como un enorme conocedor del universo afectivo femenino, desde la particular visión**

que su condición de homosexual le otorgaba. Eudaldo había intentado asimilar sus recomendaciones, algo violento e incómodo, mientras intentaba inhibirse de las miradas y las risas contenidas, de los clientes que en aquella mañana de domingo abarrotaban las mesas de la terraza en la que se habían citado y que contemplaban, con disimulo, su conversación con aquella “reina de la noche” de espectacular aspecto.

Romanticismo, comprensión, mutua ayuda, ternura, componían el equipaje de intenciones que había extraído de la entrevista con su amigo y que Eudaldo estaba dispuesto a poner en práctica en cuanto se le presentase la oportunidad. Es decir, en cuanto una relación, una cita, o una simple coincidencia con alguien del sexo opuesto, adornasen las vacías páginas de su agenda roja.

- ¿Puedo ayudarle? – una voz femenina le sacó de su ensimismamiento - ¿Está buscando algo concreto?

La voz pertenecía a una elegante, a la par que sofisticada, mujer, cuya presencia inesperada, sorprendió al distraído Eudaldo, provocando la caída del ejemplar de “*Bouvard y Pecuchet*” de Flaubert, que estaba ojeando.

Azorado por la belleza pelirroja de aquella espléndida criatura, recogió el libro del suelo a la vez que un precipitado “Me lo quedo”, surgió, involuntario, de sus labios mientras se dirigía a la caja.

- **Las obras de Flaubert deberían leerse siempre en su idioma original – comentó ella envolviendo el libro y preguntándole - ¿Habla usted francés?**

- **Por supuesto – mintió Eudaldo.**

**En un rincón de aquel bar cercano a la librería que acababa de abandonar, Eudaldo apuró de un trago un coñac doble que le había servido, segundos antes, un viejo camarero, cercano ya, sin duda, a la jubilación.**

**Una entrevista profesional, que figuraba en su agenda negra como “importante” y subrayada, por lo tanto, con el marcador fluorescente de color verde, le había llevado a aquel barrio, donde había mantenido una desagradable discusión con el propietario de la mercería “La Puntilla Almidonada”, por una cuestión de un impagado que el inútil de su Director Comercial no había sido capaz de resolver.**

**Pero no era la tensión de aquella gestión, la que le había hecho pedir en aquel bar y con urgencia, el coñac doble que abrasaba ya su garganta, sino la visión de la empleada de la librería en la que había entrado, al azar, a curiosear entre las novedades y donde había adquirido aquel libro en francés que posiblemente no leyese jamás.**

**De su edad, vestida con un gusto elegante al tiempo que provocativo, su melena rojiza enmarcaba a la perfección unas**

facciones serenas, atractivas, en las que brillaban, maravillosos, sus ojos verdes. El apresurado retrato robot que, hacía escasos momentos, había efectuado de aquella criatura vibraba todavía en su retina. Con cuidado, deshizo el envoltorio que contenía el libro que ella había envuelto con perfectas manipulaciones del papel, con dobleces que, interpretados por sus manos blancas y delicadas, se convertían en gestos casi eróticos.

Fingiéndose leer aquel texto incomprensible se escudó, sorprendido al verla entrar en el café, tras el libro de Flaubert. Con disimulo la vio acomodarse en un velador junto a la cristalera que daba a la calle y rechazar el café con leche que, nada más sentada, le servía el viejo camarero, que regresaba, instantes después, con expresión de sorpresa y con un “*Bloody Mary*”, que ella consumió a pequeños sorbitos. Un hombre, agitado y sudoroso, se acomodó frente a ella respondiendo a su llamada. Momentos antes parecía estar buscando a alguna persona, como si no hubiese reconocido a la que le había nombrado.

Eudaldo escuchó, tan sorprendido como los otros parroquianos del café, la retahíla de reproches, de acusaciones, de tristezas acumuladas que, antes de abandonar el café, dedicó a aquel atónito personaje, que, durante algunos minutos, permaneció sentado y con la

**boca abierta, contemplando la puerta por la que aquella furia pelirroja acababa de desaparecer.**

**Era lo que menos se esperaba Jacinto. Mejor dicho, no hubiese podido imaginarse jamás que Filomena, su Filo, fuese capaz de acusarle de todas aquellas barbaridades que acababa de escuchar. ¿Cómo se atrevía a reprocharle no haberse casado todavía, cuando conocía a la perfección la difícil situación económica que arrastraba desde el cierre de la carnicería? ¿Con qué derecho le imputaba la ruina de su existencia, la pérdida de su juventud, el transcurrir por la vida casi como dos ancianos? ¿Y aquel aspecto de niña pija del centro? Pero, ¿es qué no se había mirado en el espejo? ¿Es qué no sabía que edad tenía? Y la minifalda. Y aquel pelo teñido de rojo. Seguro que no se encontraba bien. Algo debía fallar en aquella cabecita. Y vosotros, ¿qué coño miráis, imbéciles? Más valdría que os ocupaseis de vuestros asuntos.**

**Mascullando entre dientes una sarta de incoherencias, Jacinto, dedicando una última mirada a aquel coro, silencioso e inesperado testigo de su drama, salía por la misma puerta por la que Filomena, acabado su monólogo liberador, había abandonado el Café Saturno, momentos antes.**

**Convencido de que ella, imaginando que la seguiría, le aguardaría en cualquier esquina para pedirle perdón, Jacinto fue alejándose del café siguiendo el camino habitual que, cada noche, les conducía en un paseo, cada vez más silencioso, hasta la casa de su novia, donde, en el portal y con un casto beso, se despedían hasta el tedio del día siguiente. Hasta mañana. Como hoy. Como ayer.**

**Pero, ante su ausencia en el trayecto, fue abandonando, despacio, a medida que sus pasos le acercaban a su domicilio, cualquier esperanza de reconciliación. De nada sirvieron sus frases apaciguadoras frente al portero automático de la casa de Filomena, en una inútil súplica. Ella no abrió la puerta. Ni siquiera respondió a sus llamadas. A sus gritos desesperados. A sus amenazas.**

**Un violento portazo saludó a la pregunta de su madre.**

**- ¿Eres tú, Jacinto? Has vuelto pronto.**

**¡Dios! Como odiaba a aquella mujer. La causante de todo. Su egoísmo había impedido una relación natural con Filomena. Su matrimonio a la muerte de su padre. El disfrute de aquella casa enorme, suficiente para los tres, que hubiese evitado dispendios excepcionales, esperas absurdas, pérdidas de aquel tiempo que se iba cobrando años de sus vidas vacías.**

**- Jacinto, ¡prepárame la cena! – la orden llegó desde la habitación vecina.**

**- Sí, mamá. - el cuchillo chirrió al deslizarse sobre la piedra con que lo estaba afilando. – Enseguida.**

**Jacinto se estremeció, rechazando los pensamientos que, en un segundo de locura, habían desfilado por su imaginación.**

**La tensión contenida durante las últimas horas se manifestaba, de pronto, en una rabia ciega, en un odio mortal contra Filomena, contra su madre, contra las mujeres, contra la humanidad entera.**

## CINCO

Seguía Eudaldo contemplando, embobado, a Filomena que, ajena a aquel ensimismamiento, hablaba y hablaba de los más diversos temas, mientras desfilaba por imaginarias pasarelas y se reflejaba en inventados espejos, aprobando, presumida, su nueva imagen. Justino, Beba al fin, deseando brindar a sus compañeros una actuación con que demostrarles su arte y su valía, peinaba su peluca a la vez que pensaba como modificar de algún modo su único vestido, para no repetirse. Añoraba en aquel momento las perchas de su camerino, sus baúles repletos de las más atrevidas fantasías. Quizás le pediría a Braulio que, si iban a permanecer mucho tiempo en aquel lugar, les facilitase el atrezzo necesario para la vida cotidiana. Y mientras, Jacinto, que, desde su llegada a aquel lugar, se mantenía apartado del resto, parecía incluso más inquieto, como víctima de una extraña excitación.

Braulio Céspedes se había tomado un descanso después de estar trabajando durante largas horas en las vicisitudes de sus cuatro criaturas. Avanzaba la novela. Las situaciones, los momentos, se sucedían con la cadencia adecuada y, en general, estaba satisfecho con los resultados. Ahora contemplaba, observaba, a sus personajes, intentando descubrir como repercutían los episodios que iba

**añadiendo al libro en las actitudes que manifestaban unos metros más allá.**

**Eudaldo se había enamorado de Filomena, estaba claro, y su embelesamiento, aquel estar pendiente de ella cada minuto, lo demostraba claramente. El episodio de la librería había resultado fundamental y el hecho de haber asistido como testigo a su ruptura con Jacinto en el Café Saturno, reforzaban la teoría de que, ante él, se abría un camino expedito que no debía desaprovechar.**

**Filomena, disfrutando, descubriendo, su recién estrenada apariencia, femenina, sofisticada, atractiva, ignoraba la tormenta que había desatado en aquel tímido y calvo ejecutivo de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall, dispuesto hasta a aprender francés con tal de poder comentar aquel libro de Flaubert que se había llevado, precipitadamente, de la librería “El manco de Lepanto”, donde ella trabajaba.**

**Le preocupaba un tanto Justino. Desde que rectificó en el libro su entrevista con Eudaldo, manifestándose bajo el papel de Beba Crysalis, desechando la segunda versión, le notaba un tanto arisco con él. Como si hubiese encajado mal esta decisión.**

**Y finalmente, Jacinto, más huraño aún, a medida que transcurría el tiempo, constituía la excepción a la convivencia, manteniéndose siempre alejado de los demás. Intranquilo, nervioso. No**

**sólo por la pérdida de Filomena, sino también por verse condenado a contemplar su indiferencia.**

**Todos aquellos cambios en el comportamiento de sus protagonistas, le acercaban al convencimiento de que lo que escribía se reflejaba, de inmediato, en ellos: el flechazo de Eudaldo, la presunción de Filomena, la decepción de Justino y lo más grave, en el último párrafo del capítulo cuarto, Jacinto había estado a punto de convertirse en un asesino.**

**Apartándole de sus pensamientos, se le acercó Justino, amable y afectado como siempre, sin demostrarle ningún tipo de reticencia por lo acaecido en su última intervención, para solicitarle, no sin razón, si tanto él como sus compañeros, podrían disfrutar, en aquel exilio solitario, de sus ropas, de sus objetos personales, pues consideraban tener derecho a alguna comodidad en aquel espacio inhóspito en el que se encontraban. Del mismo modo que disfrutaba el escritor de su ordenador, de su herramienta de trabajo.**

**Braulio, ignorando como dar respuesta a la insólita petición, se lo quitó de encima con una amable promesa de estudiar la proposición.**

**Justino se dirigió inmediatamente hacia los demás, para comunicarles su iniciativa y la respuesta de Braulio. La idea fue acogida con grandes muestras de alborozo.**

**- ¡Mis agendas! – pidió Eudaldo.**

- **¡Mis vestidos! ¡Mi maquillaje! – reclamaba Filomena.**
- **¡Mis pelucas, mis plataformas, mis lentejuelas! – gritaba Beba Crysalis.**

**Al oír aquel alboroto, Jacinto se acercó al grupo para ver lo que sucedía. Filomena se retiró de inmediato y Eudaldo le dio la espalda, disimulando. Sólo Justino, ajeno a las tensiones que provocaba su presencia, le puso al corriente de la situación.**

- **¿No necesitas que el escritor te traiga algo? – le preguntó, considerándose ya el responsable de aquella improvisada intendencia.**
- **Sí. Pregúntale si podría tener aquí mis cuchillos de carnicero.**

**Justino había brindado todo su corazón en aquellos consejos. En aquel conjunto de recomendaciones. Incluyendo en sus palabras los vestigios más olvidados de su masculinidad abandonada. Alineado ya definitivamente en una homosexualidad militante, incómoda y aceptada. Coherentemente asumida. Su visión del amor, contemplada, vivida incluso, desde dos ángulos diferentes, le permitía en un ejercicio brutal de honestidad, regalar desde su particular óptica, medios, antídotos, para evitar a su amigo futuros desengaños.**

**Eudaldo le escuchó atentamente, intentando absorber el sentido de sus palabras. Tratando de filtrarlas debidamente y asimilarlas en todo su contenido. Para desechar cualquier atisbo de machismo trasnochado o de ridículo y convencional feminismo. Al tiempo, rebuscaba en su conciencia pasada, analizando pretéritos temores. El porqué de sus estrepitosos y fracasados intentos a los que le había abocado su exacerbada timidez y que había hecho que volasen aquellas contadas, pero entusiastas, componentes del sexo femenino que se habían aventurado a dedicarle algo de su tiempo.**

**Agradecido, con el firme propósito de aprovechar aquella lección de amor desinteresada que la amistad de Justino, o Beba, como prefería ahora que le llamasen, le había brindado, se despidió Eudaldo de aquel estafalario personaje, que escondía una extraordinaria humanidad tras su absurda apariencia.**

**Y se quedó solo, de nuevo, Justino. Envuelto en su abrigo con cuello de marabú color azul eléctrico, como la crisálida de la que había adoptado el nombre artístico. Aislado de aquel mundo que le despreciaba desde su hipocresía y su ignorancia. Encontrarse con su amigo, diez años después, le había regresado a recuerdos que creía haber ya superado. Frustraciones que al principio achacaba a sus errores y que luego apuntó en el debe de su cobardía. Hasta que**

**superados sus miedos, vencidas las razones que le retenían del lado de los “normales”, se mostró tal como en realidad era: auténtico, libre.**

**Aquella noche, “La ratita presumida”, tembló como sacudida por un seísmo cinco punto seis de la escala de Richter y asistió a la actuación de una “Beba Crysalis” desatada, entregada a aquel público babeante que aplaudía cada movimiento de sus caderas, aullando en un coro impagable las notas del “*Don’t leave me this way*” que el “play back” atribuía a aquellos labios color fucsia profundo, mientras el brillo del strass de un inverosímil vestido rojo, centelleaba como con luz propia.**

**Eudaldo, agradecido, asistía, desde un rincón discreto, a la última actuación de su amigo en la ciudad.**

**Beba Crysalis abandonaba aquella madrugada, por segunda vez, la localidad que le vio nacer hacía cuarenta años. Decidido. Cargado con su atalaje de abalorios, de regreso a casa con sus baúles repletos de plumas y lentejuelas, cumplida la última etapa de aquella gira. Resuelto a no regresar al lugar de donde no debería haber salido, si su cobardía a mostrarse tal como era no le hubiese expulsado de allí, exiliándole, obligándole a hurgar en los horizontes del anonimato.**

**Momentos antes de partir, en su camerino, mientras se aplicaba en el rostro transformado por el maquillaje, las cremas y los potingues que anulaban todo vestigio de su falsa personalidad, pensó que por primera vez en mucho tiempo, había sido realmente útil. Y si sus consejos servían a Eudaldo, le ayudaban a conseguir la felicidad que anhelaba, se sentiría orgulloso de haber contribuido a ello con su desinteresada aportación**

**Y aunque él creyese lo contrario, si había captado la presencia, presuntamente anónima, de Edu en el cabaret durante su actuación, como si quisiera agradecerle, silenciosamente, su apoyo y su amistad.**

**Ajeno a los sentimientos de Justino, el frío del amanecer acompañaba a un pensativo Eudaldo, en un largo paseo de regreso a su domicilio. La generosidad de su amigo, no sólo por haberle brindado aquellas pautas de comportamiento que se disponía a utilizar de inmediato, sino además, por haberle recibido, olvidando la indiferencia y la hipocresía con que le habían tratado todos sus amigos, entre los que él mismo se encontraba, le había devuelto al mundo con otro pelaje. Más solidario, más participativo, más humano.**

**Su existencia sería, desde aquel momento, espontánea, natural, sin circunscribirla a las pautas que dictaban sus agendas de colores. Disfrutaría con la improvisación y aprendería de sus posibles errores.**

**Volvería a mirar a los ojos de la gente sin la obligación de consultar antes sus apuntes. Sin previsiones matemáticas. Sin infundados temores.**

**En el fuego purificador de su chimenea, quemó, al llegar a su casa, aquellos ridículos cuadernos, verdes, rojos y azules, que guiaban su existencia.**

**Conservó, tan sólo, la agenda negra, donde, ineludibles asuntos profesionales aguardaban sus importantes gestiones. No en balde, pese a todas sus intenciones, continuaba siendo el Adjunto a la Dirección de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall.**

**Con todo, la vida continuaba.**

**Filomena tomó aquella noche el camino opuesto al que habitualmente utilizaba para volver a su domicilio. Sabedora de que, una vez superado su aturdimiento, la seguiría Jacinto para pedirle explicaciones ante aquel inesperado despido, decidió dar un rodeo para evitarlo, a la par que disfrutaba de su nueva y apenas estrenada identidad.**

**Y pudo comprobar como, por primera vez en años, los hombres, con ojos de deseo, la desnudaban con miradas procaces y atrevidas. Jóvenes imberbes la observaban de reojo, como si imaginasen escenas inenarrables en brazos de aquella mujer madura**

**pero apetecible. Hombres de más edad, asentían a su paso, como aprobando la calidad garantizada de un cuerpo experimentado.**

**Filomena sonreía complacida ante tanta admiración, encaramándose en el pedestal desde el que, de ahora en adelante, dirigiría su destino. Atrás quedaban diez insoportables años junto a aquel hombre, bueno, cobarde y aburrido, que, sin saberlo ella y en aquellos precisos instantes, profería a la vez súplicas y amenazas ante su puerta, aguardando, inútilmente, que finalizase aquella broma pesada.**

**Eudaldo, escrutaba entre los libros de su biblioteca, buscando algún ejemplar de Flaubert, seguro de encontrar entre ellos alguna obra del escritor francés. Estaba dispuesto a empaparse, en español de momento, de cualquier texto que llevase su firma, con tal de poder entablar conversación con aquella maravilla pelirroja, que, en la librería “El manco de Lepanto”, había estremecido sus cimientos de hombre apocado.**

**Aquella noche, las aventuras galantes y los secretos de alcoba de “*Madame Bovary*”, avivaron, aún más si cabe, los deseos más íntimos de Eudaldo, que, casi al amanecer y agotado por la noche en blanco, sucumbió a un brevísimo sueño, poblado de sensuales atrevimientos**

**protagonizados por él mismo y aquella bellísima aparición de la librería, de cuya idealización no conseguía abstraerse.**

**Aun en sueños, buscó a tientas el despertador hasta acabar con el desagradable sonido que le devolvía a su realidad cotidiana de sabanas vacías. De interminables silencios. Una ducha fría puso fin a los ardores que habían provocado el inusual volumen de su sexo infrautilizado, oxidado por la herrumbre de la soledad.**

**Los empleados de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall., se desayunaron aquella mañana con un Eudaldo afable, extrañamente atento y alegre. Contagiando su optimismo. Hasta el Presidente Ejecutivo, que, sorprendido enormemente por el cambio de actitud de su adjunto, le preguntó, inocente, si se encontraba bien.**

**- De maravilla, Don Bernardo – replicó el desconocido Eudaldo. – De maravilla. -**

**Los días habían impregnado, igualmente, de alegría las horas, que, soporíferas hasta ayer, constituían cualquier jornada habitual de la librería “El manco de Lepanto”. Filomena, radiante, atendía a los clientes, contestaba llamadas, archivaba correspondencia, colocaba libros en sus anaqueles, en un incesante y vital ir y venir. Don Paulino, el propietario, asistía a la metamorfosis de su empleada y, por ende, de**

**su arcaico negocio, que parecía iluminarse con aquella presencia vivaz que constituía la inconcebible Filomena, que, en aquellos instantes, atendía con amabilidad desde el mostrador vecino, a un cliente, no habitual por cierto, interesado en adquirir las obras completas de Gustavo Flaubert, que ella, consultando catálogos de editoriales y existencias en el ordenador, se comprometía a servirle en un plazo prudencial y le despedía con un “Hasta la semana que viene, Señor Flancínez“, contestado por aquel caballero, calvo y con gafas, que protestaba, zalamero, el formal tratamiento:**

- **Eudaldo. Llámeme Eudaldo, por favor.**

**La magia, el encanto, la maravilla continuaba coexistiendo con todos ellos en aquel espacio desconocido en el que se hallaban postergados autor y personajes.**

**Beba, o Justino, apareció ataviado con ropajes diferentes a los conocidos hasta aquel instante. Una ceñida malla roja que cubría su cuerpo de pies a cabeza, recordando a una especie de Spiderman que no perseguía malhechores trepando a los rascacielos, sino que, entregado a una frenética danza, se exhibía, para la admiración de sus compañeros, con su nueva facha.**

**Eudaldo, con sus agendas en la mano, intentaba hallarles algún sentido a aquellas libretas ahora que había decidido su inutilidad.**

**Filomena, elegantísima, se probaba zapatos y complementos que combinasen con el sobrio traje sastre que lucía en aquellos momentos. Su melena pelirroja, recogida en un discreto moño, completaba su imagen exquisita.**

**Jacinto afilaba cuidadosamente sus cuchillos y él mismo, Braulio, obtenía con su impresora, las copias revisadas de los capítulos de su novela escritos hasta aquel momento.**

**Acudieron sus personajes, en agradecido comité, a mostrarle aquellos artículos que, su supuesta intervención, había procurado para su comodidad en aquel ignoto lugar, sin sospechar lo más mínimo que Braulio no había solicitado nada a nadie - ¿a quién? – ya que la impresora que manejaba en aquellos momentos, y todo lo demás, había aparecido allí como en una especie de milagro inexplicable.**

**Una alegría inesperada y espontánea se adueñó del extraño grupo de pobladores de aquel desconocido espacio que compartían, y, como deseando solidarizarse con el escritor, al que contemplaban trabajando, incansable, en dar forma a sus vidas de ficción, solicitaron de éste la lectura de los últimos acontecimientos acaecidos en la novela, ignorantes como estaban de sus últimas ocurrencias.**

**Pero Braulio se mantuvo firme en sus planes. Si había fracasado la oportunidad de colaboración que brindó a Justino en su momento, no debía, por coherencia, cometer el mismo error con todos los demás. Y menos con todos ellos al tiempo. Las vidas de los cuatro personajes se estaban interrelacionando y los resultados eran aún difíciles de prever.**

**Si en aquella presencia extraordinaria poseían, a pesar de todo, conciencia y sentimientos, ignoraba el escritor si los senderos por los que sus vidas inventadas les habían obligado a transcurrir, ocultarían algún vericuetto imprevisto o alguna trampa inesperada y difícil de aceptar. Su imaginación había diseñado para sus criaturas todo tipo de decisiones trascendentales, de reconocimiento de errores, de propósitos de cambio, de sentimientos ocultos, que, obviamente, no deberían contentar a todos por igual.**

**Bajo estas premisas, les negó el acceso a aquel recinto privado que constituía su creación. Prometiéndoles, en un aventurado intento por ganar tiempo, que finalizada la novela, serían ellos los primeros en leerla. Pero, eso sí, ocultándoles su decisión de que, llegado aquel momento, no estaba dispuesto a rectificar ni un solo párrafo, ni una sola coma, de sus paginas.**

## SEIS

No del todo satisfechos, abandonaron los personajes al escritor. Las murmuraciones que siguieron a la entrevista se dividieron entre la queja y el conformismo. Pues, por ejemplo, Filomena y Justino, o Beba, aceptaban ser meras criaturas ficticias, personalidades inventadas y, como tal, habitantes, pobladores de un mundo irreal y de unas vidas imaginarias y a merced, por tanto, de los designios que la inspiración del autor quisiera atribuirles. Sin embargo, Eudaldo se lamentaba del carácter apocado que Braulio le había asignado, que le situaba en franca desventaja con las mujeres, habiendo convertido su vida, por muy falsa que ésta fuese, en una lamentable soledad. Jacinto, por su parte, acusaba al autor de haberle colocado el cartel de perdedor desde el principio, sin permitirle mostrar lo que de positivo escondía su personalidad, siempre a remolque de circunstancias extraordinariamente lúgubres y de no concederle posibilidad alguna para contrarrestar con la bondad y el amor que escondía, tras su aspecto tosco y aburrido, el odio que había despertado en su novia y que había desembocado en aquella dolorosa ruptura. Filomena, le interrumpió, con un vehemente discurso en el que reclamaba su oportunidad de resucitar de aquella muerte prematura a la que, con su

**actitud, le había condenado, fuese o no inventada su vida. Justino se vanagloriaba de la ayuda prestada a Eudaldo, para orientar su futuro; Eudaldo protestaba: Sí, pero...; Jacinto mascullaba:...¡y no hay derecho! Filomena afirmaba, Eudaldo negaba, Beba defendía.**

**Separándose, inmerso cada uno de ellos en sus pensamientos, regresaron los cuatro a sus espacios indefinidos. Confusos, indefensos, expectantes. Aguardando las nuevas vicisitudes que en las páginas de la novela fuesen gestándose.**

**Como sería de llamativo su atuendo, para que, obviando la gravedad del momento y la seriedad del lugar, provocase aquellas medias sonrisas que, entre divertidas y cómplices, cruzaban entre ellos los enfermeros, los médicos y las auxiliares, que contemplaban, en aquel pasillo frío y aséptico del hospital, la figura anacrónica de Justino derrumbada en un incómodo sofá de plástico, aguardando, angustiado, noticias sobre el estado de su compañero.**

**Unas horas antes, al regreso de su gira, protestando, resoplando, había transportado hasta la puerta del apartamento que compartía con Freddy, el voluminoso equipaje que constituía su vestuario profesional.**

- **¡Este maricón! – mascullaba Beba mientras trepaba por la empinada escalera cargando con el último baúl – Seguro que aún está durmiendo.**

**Habían sido inútiles sus voces frente al micrófono del portero automático.**

- **¡Freddy! – suplicó histérico – Venga, hombre, no te hagas la loca.**
- **¡¡ Freddy!! – gritó en vano - ¡Será hijo puta!**

**La ausencia de respuesta le obligó a subir hasta el piso, por sí mismo y entre jadeos y juramentos, la voluminosa y pesada impedimenta.**

**La sarta de insultos y de procacidades que emanaban de su boca, se trocaron como por ensalmo en toda suerte de palabras tiernas, cariñosas, de ánimo, de temor, cuando cruzando la puerta del dormitorio, el espectáculo de su compañero anegado en un vómito de sangre, hizo que se tambalease.**

**La ambulancia. Las odiosas explicaciones en la admisión del servicio de urgencias: “Si. Freddy era portador. Seropositivo. Era la primera vez que sucedía. No. No soy familia. Es mi amigo. Vivimos juntos. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que somos homosexuales? No sea imbécil. ¿Es usted ciego? Hagan algo, por favor. ¡¡ Hagan algo!! Es mi compañero. Es mi vida.... . Perdonen, perdonen.”**

**El fantasma. La amenaza despreciada. La sombra de la muerte que había planeado durante años sobre sus vidas, dedicándoles guiños macabros, marcándoles, advirtiéndoles, se había materializado finalmente en aquel cuerpo que se extinguía, pese a las transfusiones, en una de las impersonales habitaciones del hospital. Justino sostenía la mano de aquel guiñapo pálido e inconsciente sabiendo que su cuerpo débil no resistiría el embate definitivo.**

**¿Y él? ¿Con qué ánimo afrontaría la lotería del siguiente control? ¿La incertidumbre dramática de aquellos análisis periódicos? Por primera vez sintió miedo. No el miedo a morir. Miedo a sufrir. Miedo al transcurso irreversible hacia lo inevitable. Hacia el cumplimiento de la condena, cuya sentencia conocía desde hacía ya demasiado tiempo. Enfrascado en su trabajo, en sus galas, en sus plumas, disimulando, participando, con Freddy como copiloto, en una carrera de obstáculos superable únicamente a base de optimismo. De solidaridad. A la espera incierta de la pócima liberadora.**

**Ahora era él quien transmitía calor a la mano fría de su compañero, convencido de que aquel tierno aporte, mitigaba mejor su sufrimiento que aquella sangre anónima, forzada a instalarse en su cuerpo fatigado.**

**¿Quién sostendría la suya mañana? ¿Quién renunciaría a la seguridad relativa de un cuerpo aparentemente sano, para compartir**

**un riesgo previsible a su lado? ¿Cuál de sus hipócritas familiares, amigos o conocidos, desde el otro lado, desertaría de su postura de desprecio e incompreensión, para acompañarle, para confortarle en sus últimas horas?**

**¿Por qué les llamarían “gays”, siendo la alegría su asignatura pendiente?**

**¿Porqué aquellas vidas hipotecadas? ¿Porqué ser tratados como apestados? Justino no hallaba respuestas a sus preguntas desesperadas.**

**Braulio se apercibió de la presencia próxima de Justino. Había puesto fin, hacía solo un instante, a la narración de la tragedia de su compañero. A sus propias lamentaciones ante lo incierto de aquellas vidas que se debatían con el chantaje permanente del sida sobrevolándoles, como un siniestro buitre ávido de carroña próxima. Lamentaba el escritor reflejar en la novela la triste realidad de los homosexuales, encarnados en ella por Justino y Freddy o, más anónimamente, por alguno de aquellos inciertos espectadores que asistían, noche tras noche, a aplaudir la actuación de Beba Crysalis en cualquier sórdido cabaret, ahogando por algunas horas sus recelos. Pero, por desgracia, ni paños calientes, ni eufemismos baldíos, podían atenuar la crudeza evidente del drama.**

**El ridículo "hombre araña" reflejaba en su rostro todo el abatimiento conque los últimos párrafos de aquel texto, asimilados por él en una extraña simbiosis, habían alterado la placidez de su pasaje por aquel prodigio.**

**Sus miradas se cruzaron. En cierto modo, Justino agradecía en la suya, muda y significativa, el que Braulio tratase de denunciar, aunque fuese desde la ficción, poniendo en su boca pintarrajeada un grito desesperado, la octava plaga con que el cielo les castigaba. Y captó también Justino en la mirada del escritor la tristeza que, como en un holograma, reflejaba el accidente que le había trasladado, con su heterogénea compañía, hasta aquella soledad, ensombrecido su rostro ante el recuerdo de su esposa y el dolor de imaginar como transcurriría su vida sin su presencia.**

**Confundieron entonces sus respectivas desgracias y brotó, espontánea, la solidaridad mutua. Y el brazo amigo de Justino, manifestó, sobre el hombro de Braulio, su comprensión hacia la desdicha que también él arrastraba.**

**Filomena administraba, precavida, el repentino éxito que su transformación le otorgaba. El doloroso pasado permanecía, todavía, demasiado próximo, demasiado evidente, como para confinarse de**

**nuevo en una relación seria y vinculante. Mucho más fácil resultaba encontrar, vendiendo falsa ingenuidad bajo su apariencia provocativa, aventuras fáciles, episodios ligeros, que le permitiesen disfrutar de la vida, sexo incluido. Placeres sólo intuidos mientras duró aquel absurdo junto a Jacinto. Atrás quedaban la indiferencia y el desprecio. Era ella, ahora, la que movía los hilos de las ridículas marionetas que pululaban a su alrededor. Jugando, tentando, provocando. Vengándose de su penoso ayer. De la facilidad con que, sólo apenas unos días antes, era ignorada su figura gris.**

**Un descompuesto e indignado Jacinto seguía intentando, mediante llamadas llorosas, apelar a una reconsideración de la situación entre ambos y Filomena, pertrechada ya del valor necesario, de la dureza imprescindible, las rechazaba de plano, sin concederle siquiera una sola oportunidad de manifestar sus tardías alegaciones.**

- Hemos terminado, Jacinto – sus palabras sonaron firmes, seguras – Es hora de que comprendas que hablo en serio – y, al tiempo que colgaba el teléfono, añadió tajante – No insistas más, por favor.**
- Pero.... – La última súplica no llegó a los oídos de Filomena, silenciada por su desprecio.**

**No caería otra vez en aquella trampa. Su vida estaba destinada a la pareja. A aquel que quisiera acompañarla en la travesía. Pero,**

antes, deseaba seguir disfrutando de los suspiros que provocaba a su paso y adivinando los codazos que recibían muchos hombres con los que se cruzaba, propinados por su compañía femenina que, siguiendo sus miradas extraviadas, se encontraban con la destinataria de las mismas.

Su vida se convirtió desde entonces en un torbellino de situaciones impensables poco tiempo atrás. Alternaba su trabajo de encargada de la librería “El manco de Lepanto”, a la que, por cierto, el cambio experimentado por Filomena había restituido antiguos y olvidados esplendores, transformándose, al final de su jornada laboral, en una especie de “*Belle de Nuit*” que, renunciando por algunas horas a su intelectual faceta, daba rienda suelta a sus más bajos instintos en citas a ciegas con extraños, contactados en las más diversas circunstancias, y que culminaban, casi siempre, en una vorágine de sexo, que, desde su anonimato, brindaba ella en su afán de recuperar el tiempo perdido. Sorprendidos partenaires a los que Filomena elegía para ofrecerse en el tardío despertar de sus sensaciones, sin importarle raza, edad ni condición y que finalizaban, casi siempre y con ausencia absoluta de galanteos previos, en un lecho con aquella hermosa mujer que les regalaba noches de placer y de ternura; de candidez y de morbo; de entrega incondicional de las delicias de un cuerpo nacido para dar y recibir amor.

**Los excesos y el cansancio acumulados en aquellas horas de lujuria parecían, al principio, no dejar rastro alguno ni interferir en el normal desarrollo de su trabajo. Pero la falta de sueño, que vestigios en su rostro hacían evidentes las mañanas en la que abría el negocio sin haber descansado lo necesario, comenzó a pasar factura a la agotada Filomena en forma de bostezos apenas disimulados, de retrasos injustificados y de olvidos injustificables:**

- **Filomena, ha telefoneado el Señor Flancínez. Las obras completas de Flaubert – la voz de Don Paulino, el propietario de la librería la devolvía al mundo de los vivos - ¿Se acuerda usted?**

***Salambó, La leyenda de San Julián, Madame Bovary,* se materializaron, con aquella pregunta, en una lista de omisiones que se concretaban en el encargo de aquel personaje calvo y miope, que semanas atrás se había confesado admirador del maestro francés y al que llevaba dando largas desde hacía ya varios días, fruto de sus imperdonables negligencias.**

- **Probablemente lleguen esta tarde – mintió – Descuide usted, Don Paulino. Está todo controlado.**

**Y en aquel preciso instante, como si oyese hablar de él, calvo y miope, Eudaldo Flancínez, el supuesto gran admirador de Flaubert, ante quien se excusaba desde hacía ya varios días, penetraba por la**

**puerta de la librería “El manco de Lepanto” y se dirigía directamente hacia ella, faro centelleante en la semipenumbra del establecimiento, y casi disculpándose por su insistencia, perdonaba la omisión ignorada de su encargo.**

- **No se preocupe – tartamudeó su justificación – Unas gestiones me han traído cerca de aquí y me he dicho, pasaré por la librería, por si acaso. – y preguntó, como si, efectivamente, ignorase su nombre - ¿Filomena, verdad?**
- **Sí. Filomena. – afirmó ella a la vez que abortaba un bostezo incontenible. – Debo pedirle, de nuevo, disculpas por el retraso de su encargo – y continuó, amigable, sin darse cuenta de que, involuntariamente, adoptaba ante aquel individuo su estudiada pose de devoradora de hombres – Voy a efectuar una reclamación urgente y, con seguridad, mañana tendrá usted sus libros, Señor Flancínez.**
- **Eudaldo. Llámeme Eudaldo, por favor – y añadió, casi despidiéndose – ¿Me permite que la invite a un café a la salida del trabajo?**

**Porque la habitual hosquedad de Eudaldo se había transformado, desde su entrevista con Justino, en un estado permanente de buen humor que sorprendía a propios y extraños. Proponiéndose, como se proponía, agradar a las mujeres, decidió que**

**fuesen los propios hombres, principalmente compañeros de trabajo y amigos con los que se relacionaba, los que actuasen como sus embajadores en cualquier circunstancia:**

- **¡Qué simpático es Eudaldo! – y afirmasen, reconociéndolo – Es que está... no sé. ¡Tan... cambiado!**

**Y estas frases, aludiendo a su actual y permanente alegría despertarían, sin duda, la curiosidad de sus antiguas relaciones femeninas, que, indiferentes hasta el momento y reconsiderando las tradicionales actitudes de rechazo, que su acritud anterior provocaba, buscarían ahondar en su conocimiento y, quizás, en su amistad, ante las maravillas que de él se comentasen.**

**Así pues, desechadas las agendas que le desposeían de la espontaneidad necesaria, se empeño Edu en desempolvar amistades, contactos profesionales y de todo tipo, archivados por su antiguo comportamiento en el rincón más oscuro de sus sentimientos.**

**La desagradable rutina de despachar con el Adjunto a la Dirección en las oficinas de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería –Mayor y Detall, se convirtió en un divertimento que, aunque absolutamente profesional y serio, ofrecía el valor añadido de la ausencia de crispación con que se daba curso a los asuntos más importantes. Relajadamente, frente a una taza de café.**

**Hasta el Director Comercial, que solo unas semanas antes había recibido una reprimenda colosal por los repetidos impagos de un cliente, fue relevado de aquella desagradable gestión por el propio Eudaldo, que se comprometió a la resolución de aquel tema, liberándole de la ingrata misión de enfrentarse al propietario de la mercería “La Puntilla Almidonada”.**

**Con un compromiso de pago debajo del brazo, y paladeando aun el éxito de su poder de convicción, dedico el resto de la tarde y, ya que estaba lejos de las oficinas, a recorrer algunas librerías, que abundaban en aquel barrio, una de las cuales “El manco de Lepanto”, abandonó con un ejemplar en francés de “*Bouvard et Pecuchet*” de Flaubert, que posiblemente no leyese jamás, ante su desconocimiento total del idioma galo, y el alma impresionada por aquella dependienta pelirroja, que en sucesivas visitas, camufladas en horas de trabajo por visitas al moroso cliente de la vecindad, había conseguido que encargase las obras completas de don Gustavo, al tiempo que sus ojos verdes le ofrecían, en sus miradas, invitaciones para visitar el paraíso. Las excusas aceptadas ante los repetidos retrasos en la llegada de los, aparentemente, anhelados volúmenes, le permitieron regresar una y otra vez a la librería, con una coartada perfecta para incrementar, despacio, con calma, el grado de confianza con aquella maravillosa criatura, esperando, diseñando la oportunidad adecuada que le**

**permitiese conocerla un poco mejor, fuera de aquel entorno tan serio y profesional. Lejos de las inquisitoriales miradas del propietario que, siempre que la conversación se prolongaba algo más de lo necesario, interrumpía, interesándose por el problema, robándole algunos momentos de éxtasis.**

**Aquella tarde, se había presentado sin previo aviso, con la inevitable excusa de su habitual reclamación. Escuchó las habituales alegaciones de descargo, solicitando de ella el tratamiento por su nombre de pila:**

- Eudaldo. Llámeme Eudaldo, por favor.**

**Y rogándole, algo azorado, que le permitiese invitarla a un café a la salida.**

**Jacinto restregaba sus manos empapadas de sangre en el mandil, más rojo ya que blanco. El cordero que acababa de desollar, pendía de un gancho, despojado ya de su lana. Transformada su imagen bucólica en aquella caricatura sanguinolenta que horas más tarde serviría de alimento a anónimos clientes de cualquier carnicería. Los tajos perfectos, profesionales, del matarife, convertirían aquel cadáver, en succulentas paletillas, en piernas dispuestas para ser**

**asadas, en costillares de apetitosos bocados, en asaduras para fritos exquisitos.**

**Pero la mente de Jacinto no estaba en lo que hacía. De un modo maquinal, las inocentes víctimas del consumo humano, pasaban por sus manos, sabias administradoras de muerte necesaria, precisa y aceptada, armadas con su panoplia de afilados cuchillos. No. Su pensamiento no estaba allí. Los últimos acontecimientos, las negativas inexorables de Filomena ante sus reiteradas peticiones para que reconsiderase su relación, el desprecio con que había sido tratado. La patada en el culo que, con un inexorable “*¡Púdrete Jacinto!*”, le había dedicado en el Café Saturno, le mantenían en un estado de absoluta ansiedad. No conseguía apartar de su imaginación aquella humillación. Ni admitía la nueva imagen de prostituta barata que Filomena había adoptado desde entonces.**

**Con el sigilo del mejor de los detectives, siguiéndola a la distancia adecuada, clandestino desde su observatorio, perseguía a Filomena cada tarde al abandonar la librería. Había cambiado sus hábitos. Ya no se refugiaba en el viejo café, ni tomaba, a pequeños sorbitos, el sempiterno café con leche. Sus gustos actuales la llevaban a frecuentar las elegantes cafeterías del centro, los íntimos pubs de moda, donde se dejaba invitar por desconocidos a sofisticados cocktails, a delicadas copas de vino blanco, mientras que él,**

**mordiéndose las uñas de rabia, espiaba la escena desde el velador más alejado, desde el rincón más oscuro.**

**Y emboscado en la noche, comprobaba como, tras varias horas de espera, abandonaban aquellos hombres la casa de Filomena, o ella misma la de los desconocidos, o ambos un hotel céntrico o un motel de los alrededores. Jacinto no quería imaginarse lo que sucedía en aquellas citas que un morbo extraño le incitaba a averiguar y, en su obsesión, dilapidaba su escaso salario en taxis y en consumiciones en locales caros, empeñado en aquella persecución inútil que ocupaba todo su tiempo libre y cuyo intuido resultado le corroían, le destruían el alma.**

**Jacinto estaba dispuesto a acabar con aquella espiral de desatinos. Si no contestaba a sus llamadas, estaba seguro de que si la aguardaba al final de la jornada en la librería, la forzaría a escucharle. No en vano, habían pasado juntos casi dos lustros. Algo de cariño debía quedar en el fondo de aquel corazón que, de pronto, se había trastornado.**

**Se apostó, pues, aquella tarde junto a la cristalera, en su habitual velador del Café Saturno, desde donde controlaba la puerta de la librería. Soportando algún que otro cuchicheo de los parroquianos que habían asistido semanas antes a su ridículo despido,**

**y que le reconocían, esperando que transcurriesen los minutos que restaban hasta que ella abandonase su trabajo.**

- **¡Dios mío! ¡Qué facha! – exclamó al tiempo que se levantaba al verla aparecer por la puerta de “El manco de Lepanto” y se disponía a cruzar la calle para acudir a su encuentro.**

**Un hombre calvo y con gafas se reunió con ella y, juntos, se encaminaron hacia donde él aguardaba.**

- **Tengo que hablar contigo, Filo – le dijo cuando llegaron a su altura.**
- **¡Vete a la mierda de una vez, Jacinto! – fue toda su respuesta.**

## **SIETE**

**En el insospechado y plácido universo donde transcurrían las particulares “vidas” de Braulio y sus personajes se instalaron, de pronto, las brumas del desencanto, la suspicacia y los celos, convirtiendo la convivencia en un cúmulo de desagradables realidades.**

**Una extraña crispación parecía haberse apoderado de todos. Braulio pretendía conocer el motivo, aunque el repentino silencio que le separaba de sus criaturas le impedía corroborar sus sospechas. De algún modo intuía que el desarrollo de sus textos, el cual se había negado a darles conocer para evitar intromisiones, llegaba hasta ellos. Y las situaciones, las vivencias, con las que sus personajes protagonizaban la novela, parecían no agradarles demasiado. Y no les faltaba razón. Ninguno de ellos podría sentirse especialmente satisfecho de aquel protagonismo. Por muy inventado que este fuese.**

**Y se refugiaron en si mismos, aislándose para recapacitar sobre todo ello, mientras que un incipiente rencor hacia Braulio, comenzaba a ubicarse en sus conciencias.**

**Justino, o Beba Crysalis, se lamentaba por la inevitable muerte de Freddy, tras la recaída sufrida a la vuelta de su gira. A pesar de**

que agradecía al escritor aquellas sentidas frases, respetuosas con el drama del sida que azotaba a los homosexuales, opinaba que se podía haber evitado atribuirles a él y a su compañero el padecer la enfermedad. Si realmente y para concienciar a los lectores pretendía difundir la existencia de aquella lacra que parecía olvidada, por asumida, interesando, preocupando menos últimamente, podía haber incidido en ello desde otros supuestos, adentrándose en aquel mundo que su condición de “gays” les hubiese permitido mostrarle sin tapujo alguno. En toda su crudeza. Además, desde la ambigüedad de su propio personaje hubiese permitido contar a Justino mil anécdotas, mil jocosos equívocos, hasta su transformación en aquella “Beba Crysalis”, estrafalaria y espectacular, que desataba pasiones con sus vestidos, con sus bailes y con la interpretación de aquellas conocidas canciones, que la magia del playback arrancaba de su boca pintarrajeada, y que los asistentes a sus actuaciones coreaban como si de himnos de dogma se trataran.

Por ejemplo, recordaba aquella ocasión en que, contratado para actuar en un pueblo perdido en la montaña, recibió en su camerino, durante el intermedio, un inmenso ramo de flores acompañado de una tarjeta y el ruego de que, después de la actuación, acudiese a una dirección que se indicaba en la misma. Junto a la tarjeta, una importante cantidad de dinero que, como estaban los tiempos, no

desdeñó, presentándose allí a la hora prevista. Dos conocidos personajes de la localidad habían cruzado una importante apuesta. Afirmaba uno de ellos que Beba era una mujer, mientras que su opositor sostenía que era un hombre travestido. Para la resolución del enigma, Beba debía bailar frente a ellos dos y al final mostrarles su sexo. A lo que accedió, ignorando cuál sería la apuesta que aquellos dos bergantes habían cruzado. Al conocerla, la dentadura del perdedor se perdió en las penumbras de la estancia, proyectada por el puntapié que le propinó el pie derecho de Justino, embutido en una descomunal plataforma. Beba Crysalis, detenido por el ganador, pasó la noche en el cuartelillo, y, al día siguiente, las beatas que asistían a la primera misa apenas si comprendían aquel ininteligible “*vovivusvovisvum*” que surgía de la desdentada boca del oficiante.

A Jacinto le restaba únicamente ennegrecerse para mimetizarse en un desesperado Otelo, preso de los más terribles celos. No era suficiente ya, para incrementarlos, lo que imaginaba su personaje en aquellas horas que, aterido de frío, aguardaba a que apareciese su amada, merodeando por los más insospechados lugares en los que ella se perdía acompañada por desconocidos. O las desalentadoras persecuciones que, víctima de su despecho, efectuaba a la carrera o a bordo de taxis, con el consiguiente trastorno económico. No. No era suficiente. Debía soportar además, en aquel maldito lugar,

**la presencia de la última conquista de Filomena, un individuo calvo y miope, atildado y forzosamente simpático, que no la abandonaba jamás y utilizaba todo su tiempo en hablarla de sí mismo en una eterna perorata que ella parecía soportar con agrado.**

**Jacinto contemplaba a la pareja desde una distancia prudencial, afilando sus hambrientos cuchillos, desprovistos los pobres, en aquel vacío, de solomillos o costillejas que llevarse al tajo.**

**Y pasaban, eternos, los indefinidos espacios de tiempo sin que Filomena consintiese en escucharle. Al contrario, las respuestas a sus constantes demandas se transformaban en exabruptos más y más soeces, a medida que su insistencia se incrementaba.**

**Resultaba irreconocible la, hasta entonces, dulce y sumisa Filomena. No cabían en su boca aquellas obscenidades con las que le obsequiaba cuando pretendía acercarse enarbolando la bandera blanca para tratar de convencerla del error que estaba cometiendo. De advertirla de que aquella espiral de sexo que presumía, no la iba a conducir a una pretendida felicidad.**

**Blandiendo un afilado cuchillo de desollar, Jacinto se dirigió hasta donde se encontraba el escritor. Entre los dos debían encontrar una solución a aquel desbarajuste.**

**Braulio le vio acercarse. Con el cuchillo en la mano. Una inexplicable sensación de temor recorrió su espinazo. De todos los personajes que protagonizaban su novela, Jacinto poseía las reacciones más imprevisibles. La vida que había creado para él, aquella sucesión de monotonía y de fracasos, podía alterar, sin duda, su personalidad. Y el despegue hacia la felicidad de Filomena, fuesen o no ortodoxos sus métodos para lograrla, el fin de su relación, la soledad en que, desde aquella tarde en el Café Saturno, se hallaba sumido, le golpeaban sin piedad provocándole heridas de muy difícil curación.**

**Jacinto había surgido en la mente del Braulio como el perdedor, como el contrapunto perfecto a la legítima felicidad de Filomena. Como cuando, en un alumbramiento complicado, alguien debía morir para que el otro viviese.**

**Trató entonces de hacerle comprender que su personalidad era producto únicamente de su imaginación. Sus fracasos, su carácter, su violencia, los años felices que pasó junto a Filomena, todo ello constituía una ficción, una mentira impresa en un libro con la que se pretendía únicamente entretener, a la vez que se experimentaba con las reacciones inventadas de falsos personajes.**

- Entonces. Yo no existo – Afirmó Jacinto que había escuchado atentamente las explicaciones del escritor.**
- En realidad, no. – Contestó Braulio.**

- **Y si no existo ¿Quién soy? ¿Quién es la persona que está hablando con usted. – Jacinto se envalentonaba por momentos - ¿Es Filomena la que está hablando con aquel alfeñique? ¿Y aquella especie de pavo real? ¿Está bailoteando realmente o sólo son imaginaciones mías?**

**Braulio se disponía a contestar toda aquella retahíla de preguntas que Jacinto le disparaba a bocajarro, pero fue de nuevo interrumpido por éste.**

- **¡Eh! ¡Vosotros! – llamó de pronto a todos los demás - ¡Venid aquí! ¡Deprisa! – Beba, Filomena y Eudaldo se acercaron ante aquellas voces – Adivinad lo que acaba de decirme el insigne escritor – continuó visiblemente alterado – Ni tú, Filomena. Ni ese cegato calvo que te acompaña. Ni tú, *Esther Williams* de secano. – despectivo, insultaba a los otros, sorprendidos por su actitud – Ni siquiera yo mismo. ¡Nadie! Ninguno de los que estamos aquí, existimos. No somos nadie.**

**Ante el cariz que estaban tomando las cosas, optó Braulio por interrumpirle.**

- **¡Basta, Jacinto! – le ordenó, visiblemente alterado.**

**El carnicero interrumpió su arenga y se volvió hacia él con un gesto vago, como concediéndole la oportunidad de rebatir sus**

**afirmaciones. Eudaldo, Beba y Filomena se sumaron, expectantes a su vez, a escuchar las explicaciones de Braulio.**

**El alegato de su creador, del escritor que, como ellos mismos, había sido condenado a habitar aquel onírico espacio, surgió sincero, poderoso, desde el fondo de su corazón, tratando de que el mensaje ” llegase”, apartando de sus inventadas personalidades todo resto de suspicacia.**

**Les habló, en primer lugar, de lo extraordinario de aquella situación. Continuaba siendo inexplicable como aparecieron allí, compartiendo, tras su accidente, aquel reducto indescriptible donde no existía el tiempo, ni la distancia, ni sentían necesidades. Y donde ficción y realidad se daban la mano en una coexistencia absurda.**

**Aparcó pues el enigma y se centró en relatarles como, a partir de una idea, el escritor creaba un escenario imaginario, unos personajes y un espacio de tiempo, donde, al socaire de su inspiración, ocurrían situaciones ficticias. Relaciones, sentimientos, amistades, sexo, profesiones, familia, ambiciones, traumas, complejos, todos los condicionantes que, inexorablemente, marcaban una vida, tenían cabida en un relato. Y el desenlace se producía después de que los personajes actuasen movidos por sus personalidades, que, en determinados pasajes, escapaban del dominio del autor, en una especie**

**de sortilegio que liberaba a los protagonistas de las ataduras a los que les sometía quien movía los hilos de sus roles.**

**Así pues, y en aquel caso concreto, Eudaldo, con la ayuda de Justino, intentaría dar un giro a una vida cuadrículada, buscando la espontaneidad, la naturalidad. Justino, vencería a la hipocresía que le rodeaba con el orgullo de la aceptación de su sexualidad, recalando en una profesión en la que sería un triunfador, aunque su salud pudiese pagar por ello un terrible precio. Filomena se desharía de una patada de su pasado de tristeza y de tedio, aunque el camino que tomase después, para encontrar la felicidad, resultase harto peligroso y comprometido. En ese camino, abandonado, desorientado, incomprendido, encontraríamos a Jacinto, que no conformándose con su papel de perdedor, insistiría e insistiría, tratando de convencer de nuevo a Filomena, que inmersa en su nuevo papel, lo rechazaría una y otra vez. Filomena conocerá a Eudaldo, que intentará poner en práctica los consejos de Justino....**

**En ese preciso instante, reparó Braulio en que, involuntariamente, en la vehemencia de su discurso, habría revelado las bases, las líneas maestras, del argumento que estaba desarrollando y que, aunque convencido de que sus personajes lo intuían de un modo inexplicable, no había querido revelar, desde que la intervención de Justino hizo que dudase de su propia inspiración. Intentó entonces,**

**con una finta, desviar la atención de sus oyentes volviendo al trágico suceso que había padecido y cuyas consecuencias le habían arrastrado hasta aquella situación absurda e increíble.**

**Y finalmente, cansado, harto ya de aquel descargo que no debía a nadie, enfadado consigo mismo, Braulio, con un gesto, como queriendo decir “Esto es lo que hay”, decidió dar por finalizadas sus explicaciones. ¿Cómo podría explicarse el despropósito de un escritor justificando el argumento de su novela ante los personajes que en la misma intervenían?**

**Por primera vez desde que el misterio les había reunido, los cuatro protagonistas del proyecto de Braulio, unieron sus voluntades, para, en un cónclave improvisado, tomar una determinación y hallar soluciones a aquella situación que se les antojaba insostenible.**

**Era poco menos que imposible alterar sus papeles en la novela contando con su participación, ante la tajante afirmación del escritor de ser él únicamente quien manejase sus destinos. Se preguntaban también que influencia podría tener éste sobre ellos. Sobre los cuatro espíritus que vagaban en aquella incoherencia habitable.**

**La idea de una especie de “golpe de estado” iba tomando cuerpo. Bajo el liderazgo de Jacinto, que, empuñando siempre algún cuchillo, se proclamaba conductor, salvador de sus derechos y sostenía**

**que, privando a Braulio de su ordenador, tendrían acceso a la novela y con ello a la rectificación de los pasajes de la misma que no les agradasen. Conquistarían su felicidad, aunque para ello, tuviesen que emplear la fuerza.**

**Ajeno a las maquinaciones de sus cuatro criaturas, intentando olvidar los últimos acontecimientos, se empeñaba Braulio en el desarrollo de su texto reafirmando en sus premisas iniciales.**

**Justino Valdepiedras, a años luz del jocoso alias que adoptaba en sus actuaciones. Cien por cien humano, vagaba por las calles en la fría soledad de la madrugada tratando de asimilar el porqué de aquella realidad injusta pero inapelable que le había golpeado minutos antes en una impersonal habitación del hospital. Freddy había muerto.**

**Freddy. En realidad Federico Cortázar. No finalizaría su brillante carrera como economista. Estudiante aplicado, organizado, tenaz, que le había rescatado del caos más absoluto.**

**Se le adivinaba el miedo en el rostro mientras, como él, aguardaba los resultados de sus análisis periódicos. Justino entró primero a la consulta. Con un sobre en la mano se cruzó con Freddy, cuando éste se encaminaba, a continuación, a cumplir con idéntico trámite con el pánico reflejado en sus ojos. Justino aguardó a que**

**regresase. Rasgaron ambos aquel sobre que contenía sus condenas. Y, como temía, se derrumbó aquel muchacho, entre sollozos, al conocer la realidad. Y surgió entre ellos una corriente de solidaridad que les condujo, como por instinto, a una comprensión mutua y, posteriormente, a una unión que había durado hasta hacía apenas unas horas, cuando en la impersonal habitación del hospital, había abandonado su cadáver.**

**Basada en el mutuo respeto, su relación fue consolidándose a medida que transcurrían los meses, los años. Marcados sus destinos por la desazón de lo imprevisible, decidieron obviar la amenaza viviendo su amor de espaldas a lo inevitable. Freddy se empeñó en terminar su carrera, a sabiendas de que jamás la ejercería. Tierno, discreto, resultó el complemento perfecto para aquel desengañado de la humanidad que dormía de día, mientras él estudiaba y de noche se transformaba en Antoñita la Fantástica, en Priscila o en Spiderman, personajes que, condensados en su nombre de guerra de Beba Crysalis, brindaba a su entregado público de incondicionales.**

**Ahora Justino volvía a estar solo. Las primeras luces del amanecer le golpeaban sin compasión, mientras regresaba al hogar que habían compartido durante el único paréntesis feliz de sus vidas. Una intensa emoción le acompañó al recorrer aquellas habitaciones donde habían transcurrido tantos instantes de felicidad.**

**El estudio de Freddy, conservaba intacto su estricto orden. Sentado en la silla del escritorio, Justino recordaba, con una triste sonrisa, como le censuraba el caos en que convertía la casa cuando no estaba de gira y actuaba en la ciudad. Como discutían mientras él se ejercitaba en una pequeña barra que había instalado en el salón, mientras Freddy, en la habitación vecina, resolvía complicados supuestos de economía. Y como se burlaba de su aspecto, cada vez que Justino diseñaba un nuevo traje para sus actuaciones y se lo mostraba, en una “*premiere*” privada:**

**- *¡Venga maricon! ¡Que eres más hortera que un piso piloto!***

**Ahora ya no estaba. Distraídamente comenzó a abrir los cajones de su mesa. Allí estaba su reloj, señalando una hora vacía con su ausencia, acompañado de una nota: “*Para ti*”. Y una carta. Su despedida. Su última voluntad.**

**Eudaldo creyó reconocer vagamente a aquel hombretón que momentos antes intentaba dirigirse a Filomena, como al mismo que soportó, hacia unos días y en un café cercano, las andanadas del desamor disparadas por la mujer que ahora acompañaba y que recibía, en esos instantes, la confirmación de sus decisiones con un “*¡Vete a la mierda de una vez Jacinto!*”, explícito e inapelable.**

**Sorprendido por la escena, involuntario espectador de la misma, Eudaldo permaneció a la expectativa de las consecuencias de las duras palabras que ella había pronunciado.**

**Filomena le sacó pronto de sus dudas.**

- **¡Vamonos de aquí, Eudaldo! – la orden surgió de sus labios en un tono familiar, como un presagio de inesperadas posibilidades. - ¿Dónde tienes el coche? – preguntó al tiempo que le tomaba del brazo y comenzaba a caminar junto a él, dejando a aquel otro hombre paralizado, contemplando como se alejaban.**
- **Aquí mismo – no vaciló Eudaldo ante la facilidad que los acontecimientos habían propiciado - ¿Dónde quieres que vayamos?.**
- **Donde quieras – contestó algo nerviosa aún – pero vayámonos de aquí, por favor.**

**Unos momentos después, apenas acomodada en el automóvil, Filomena escapaba de su presión, derrumbándose en un llanto liberador.**

**Eudaldo, comprensivo, guardó un respetuoso silencio.**

- **Gracias – secándose aún las lágrimas, que hasta hacía unos segundos poblaban su rostro, se llevaba Filomena a los labios el vaso de agua que, solícito, acababa de servirle.**

- **Es un buen hombre – sentada en un sofá del acogedor salón del piso de Eudaldo, Filomena, se disculpaba, en una confesión sincera por la escena en la que, involuntariamente, le había implicado. – Lo he querido. Le quiero aún. Pero ese amor era mi destrucción, – y suspiró como deseando dar el máximo énfasis a sus palabras - mi muerte en vida.**

**Eudaldo contemplaba a aquella belleza, que tan segura de sí parecía y que se mostraba, en aquellos momentos, en la versión más humana de su personalidad, aireando sus debilidades, sus naufragios. Como en una justificación que debiese a alguien, quizás a sí misma, y que él escuchaba, amable, pero sin saber, realmente, que papel adoptar.**

**Por un momento pensó en aprovecharse de las circunstancias. Unas palabras de apoyo, de comprensión, podrían abrirle rápidamente posibilidades insospechadas. Era sensible, simpático, con la lección que le había brindado Justino reciente y bien aprendida y a salvo de la planificación de sus agendas. La mujer objeto de su deseo estaba allí, a su alcance, como esperando su calor, su solidaridad. Si la estrechaba entre sus brazos ella se abandonaría, sin dudarlo, al consuelo que estos le brindasen. Desde su sillón contemplaba como iba recobrando la calma. Su mente imaginaba ya el abrazo, inesperado pero correspondido y el frenesí consiguiente, mientras el freno de su**

**coherencia, de su hombría, le impedía dar aquel paso, apaciguando su deseo y aconsejándole esperar para conseguirla despacio, desde el inicio de aquella incipiente amistad.**

## OCHO

Las ya escasas, aunque siempre hilarantes, actuaciones con que Justino obsequiaba, generoso, a sus compañeros constituían, hasta el presente, el único medio con que combatir el aburrimiento en el lánguido transcurrir por aquella desolación. Aunque no conseguían retraer a sus habitantes del naciente abatimiento que se estaba apoderando lentamente de todos ellos.

En sus mentes, los últimos acontecimientos, los últimos capítulos de la novela de Braulio, ejercían una poderosa influencia sobre su estado de ánimo y lejos de intentar asimilar la realidad de los hechos tratando de adaptarse a los mismos y, desde éstos, adoptar actitudes positivas y lograr convencer por las buenas al escritor para que los recondujese hacia posibilidades más optimistas, seguían considerando la idea de la acción por la fuerza que Jacinto, desde su asumido liderazgo, había insinuado.

Intuyendo Braulio aquella situación y no deseando que ésta se deteriorase y en un esfuerzo por satisfacer a su “troupe”, intentó dar un sesgo al relato, aligerándolo del dramatismo que arrastraba en sus últimos capítulos, convencido de que, misteriosamente, los personajes

**captarían sus intenciones dejándose llevar hacia situaciones más amables.**

**Justino que, desde la pérdida de su compañero no conseguía esbozar una sola sonrisa, mantenía, hasta cierto punto, una discreta confianza en que el buen hacer de Braulio hallase para él una solución, una expectativa para su tristeza. Eudaldo, por su parte, seguiría navegando en un mar de dudas ante el brusco cambio de intenciones con que Filomena iba a sorprenderle.**

**Únicamente Jacinto se mostraba reticente e impermeable a las buenas noticias que para él significaría la oportunidad que pensaba brindarle Filomena, y continuaba sin aceptar el rol de perdedor, sumido en el shock causado por el cambio y la decisión de su novia de abandonarle, que le había alterado hasta límites insospechados.**

**Justino se puso el reloj de Freddy. Aquel reloj enorme, sumergible a incontables atmósferas y con el que jamás se adentraría en mar alguno. La correa de goma con las tablas de descompresión impresas, le recordaba la única ilusión que no habían podido cumplir juntos, un viaje a cualquier país cálido del Caribe, a las Islas Maldivas, quizás al Mar Rojo donde, buceando, contemplar el hábitat natural de**

**los peces de colores que tanto le gustaban. En cuanto Freddy terminase la carrera. El reloj fue su regalo, cuando aprobó el último curso. “Para que te vayas entrenando, en la ducha, mientras acabas tu proyecto de fin de carrera”, rezaba la tarjeta con la silueta de un tiburón que lo acompañaba.**

**Con manos temblorosas abrió a continuación el sobre que contenía aquellas líneas que, probablemente, le había escrito unos días antes de su regreso, cuando ya se sentía mal, cuando presagiaba el fin cercano:**

*“No llores. No llores, amor mío. Los dos lo sabíamos. No existe, pues, la sorpresa. Debes continuar. Debes seguir cuidándote. Desde la esperanza de que muy pronto el miedo que sentimos no existirá. Aunque yo le estoy agradecido a ese miedo, porque me permitió encontrarte. Gracias por estos maravillosos años.”*

**Justino secó sus lágrimas, pensando, emocionado en el regalo que, el día de su regreso, pensaba ofrecer a su compañero. Antes de llegar a su casa había pasado a recoger los resultados de los análisis que se había efectuado antes de partir hacia la gira. Aquellos últimos controles, lejos de anunciarle una recaída, un empeoramiento como el que se había llevado a Freddy, mostraban esperanzadoras, leves perspectivas de optimismo.**

**La ausencia podría sobrellevarse únicamente a partir de una fortaleza que debería ayudarle a superar la tristeza del momento.**

**El timbre del teléfono le sacó de su abstracción.**

**Su agente le confirmaba una nueva gira, que iniciaría inmediatamente. La noticia significaba apartarle momentáneamente del recuerdo que le atenazaba, liberándole con el trabajo del dolor que le impedía reaccionar ante la adversidad.**

**En casa de Eudaldo, Filomena intentaba analizar las últimas palabras que había pronunciado, recordando como había sido rescatada por éste del difícil momento en que presa de su desesperación había insultado a Jacinto, de un modo que jamás hubiese podido imaginar. “*Le quiero aún*”, había dicho entre sollozos. La frase adquiriría en aquellos momentos un significado tan amplio, que, de una parte, la apartaba de sus decisiones, o, como mínimo, la llevaba a recapacitar sobre las mismas. “*Le quiero aún*”. ¿Habría comprendido aquel hombre bueno y amargado, el alcance exacto del giro que pretendía darle a su vida? ¿Sería capaz, si lo reconsideraba, de subirse a aquel tren y acompañarla para escapar de su desesperación? ¿Entendería que era realmente con él con quien, únicamente, deseaba compartir todas las ilusiones que habían**

**fraguado juntos durante diez años y que se difuminaban ante su desidia? Filomena se planteaba estas preguntas mientras en lo más recóndito de su corazón, su maltratado ego se revelaba contra la claudicación que comportaría reiniciar su relación con Jacinto.**

**Decidió jugárselo todo a una carta. Le daría esa oportunidad que con tanto ahínco buscaba él en los últimos días con infructuosas persecuciones. Ella establecería las pautas. No renunciaría a su nuevo aspecto y, por supuesto, exigiría una convivencia inmediata, condiciones que Jacinto debería acatar si realmente estaba enamorado de ella.**

**Eudaldo, ajeno a todos aquellos interrogantes, aguardaba, respetuoso, sentado frente a ella, el instante preciso de confortarla con su presencia, quizás con sus caricias.**

**Y mientras trataba de decidir como interrumpir aquel silencio, para brindarle el consuelo que, sin duda, estaba esperando, se puso en pié Filomena, sin concederle la más mínima opción:**

**- Me voy, Eudaldo. Discúlpame. No me encuentro bien – dijo mientras se despedía de él con un ligero beso en la mejilla.**

**Eudaldo cerró la puerta por la que, tras ella, habían desaparecido todas sus expectativas por conquistarla.**

**Recapitando sobre lo ocurrido en las últimas horas, se daba cuenta que, en realidad, su actuación había resultado más bien ridícula. Una invitación aceptada y llena de ilusiones se había limitado a convertirle en el convidado de piedra de unos insultos y a idealizar el momento de demostrarle su sincero consuelo, que su apocamiento y su timidez no habían permitido. Una ocasión desaprovechada. E irrepetible. ¿Qué concepto se habría formado Filomena de él? ¿En qué lugar de su biblioteca colocaría, cuando llegasen, las obras completas de Flaubert, para que no le recordasen permanentemente su fracaso?**

**Ignorante de los pensamientos de Filomena, de las trascendentales decisiones que la habían obligado a abandonar su casa tan repentinamente, se planteaba estas preguntas, mientras atribuía aquella huida al hecho de que su educación y su simpatía no la habían satisfecho suficientemente. Sin duda esperaba más de él. Un hombre decidido, valiente, que arriesgase un posible rechazo con tal de conseguir su amistad, quizás su amor, o, simplemente, la satisfacción de su mutuo deseo. Su timidez le había privado de una ocasión magnífica que hubiese colmado las expectativas de aquella mujer tan particular.**

**- Aún tengo mucho que aprender – dijo en voz alta.**

**Y sin saber porqué se acordó del último consejo que, en su entrevista, le había recomendado su amigo Justino, Beba Crysalis o como diablos se llamase ahora: “Y, ante todo, sé tu mismo.”**

**Un Jacinto, aturdido, colérico, hundido, permaneció de pie en la acera, sin reaccionar durante eternos minutos, mientras contemplaba la huida de Filomena del brazo de aquel desconocido, después de haberle remitido al nauseabundo abismo del desprecio:**

**- “Vete a la mierda de una vez, Jacinto”.**

**Por espacio de varias horas vagó por las calles, recapacitando, sin asimilar, sobre el desaire infinito del que acababa de ser objeto. Era la segunda vez que aquella mujer que había querido tanto, que amaba aún, le hacía destinatario de insultos impensables en su boca hacía solo unos días.**

**El regreso hasta su domicilio se convirtió en un peregrinaje etílico, en una especie de vía crucis, cuyas estaciones fueron sustituidas por las barras de todos los bares que encontró en su camino y las plegarias por dobles de ginebra que vaciaba de un solo trago.**

**Embrutecido por la humillación, fuera de control por el alcohol ingerido, cerró la puerta de su casa con gran estrépito.**

- **¿Eres tú hijo? – preguntó su madre desde su habitación – Cada día vuelves más temprano – e insistió - ¿Es que tu novia está aún de viaje?**

**Jacinto, sin contestar y tropezando con una silla del pasillo que se derrumbó con estruendo, se dirigió a la cocina.**

- **¿Qué te sucede Jacinto? – el interrogatorio continuaba - ¿Qué ha sido ese ruido?**

**Silencio. Apoyado en la mesa, apenas podía tenerse en pié. Una idea se había instalado en su cerebro, donde danzaba envuelta en las brumas, en los vapores con que la bebida le cegaba.**

**La madre, inquieta, se acercaba por el pasillo a la vez que Jacinto rebuscaba, en el hatillo de carnicero que colgaba detrás de la puerta de la alacena, su mejor cuchillo de matarife. Su silueta se recortó, de pronto, en la puerta de la cocina. Su pregunta quedó temblando en el aire.**

- **¿Pero puede saberse qué haces ahí a osc.... ?**

**La luz que provenía del pasillo provocó un destello macabro en la afilada hoja que se abatió contra su cuerpo.**

**Jacinto liberó su cólera en una ceremonia macabra, donde se mezclaron los gritos de terror, con la sangre que lo inundaba todo, mientras, demasiado tarde, en un instante trágico, recuperaba la conciencia que le descubría el pánico de su error.**

**Filomena, con la determinación plasmada en su rostro, decidida de una vez por todas a encauzar su felicidad con el hombre al que realmente amaba, se dirigía alegre y expectante, hacia la casa de Jacinto. Atrás quedaban ya las locuras de los últimos días. Iba a pedirle perdón y también a perdonarle. Aquellos hombres anónimos que habían pasado por sus brazos eran ya fantasmas olvidados. La bondad de Jacinto prevalecería sobre su desmesurado egoísmo, sobre la locura de creerse quien no era. Jacinto la comprendería. Entendería perfectamente aquella explosión de sus deseos, de su necesidad de ser mujer y construirían su futuro sobre las ruinas de sus pasados fracasos. Lamentaba el papel que había representado con Eudaldo al que, en cierto modo, había utilizado únicamente para insultar a Jacinto con la leve protección de su presencia. No parecía mala persona, ni había intentado aprovecharse de la situación, a pesar de que hubiese podido utilizar el equívoco de su invitación a que le llevara a su casa. Como habían hecho otros. Le pediría disculpas. Aún debía recoger de la librería las obras de Flaubert que había encargado.**

**Descubrió a Jacinto sentado en la acera, frente al portal de su casa. La cabeza entre las manos. Un Jacinto desencajado, la mirada extraviada en un punto lejano, apestando a alcohol, con sus ropas**

**cubiertas absolutamente por manchas de sangre. A su lado un enorme cuchillo con huellas evidentes de haber sido utilizado.**

**Presagiando la realidad de lo ocurrido, subió Filomena las escaleras hasta el piso. La puerta abierta. El espectáculo dantesco. El vómito incontenible.**

**Un Braulio abatido por las vibraciones negativas que percibía, paseaba de un lado a otro pensando, buscando consuelo al estado de pesadumbre en que se hallaba sumido. Sus intenciones de diseñar un futuro de optimismo en el devenir de sus personajes había resultado un completo fracaso. Extrañas fuerzas influían en su mente impidiéndoselo. Como si el destino de aquellas criaturas inventadas estuviese trazado y el escritor hubiese perdido su poder para alterarlo. La situación se estaba convirtiendo en algo insostenible. ¿De qué servía su voluntad si, como cobrando vida propia, sus cuatro protagonistas convergían en situaciones dramáticas una y otra vez?**

**Eudaldo, a pesar de consejos y coyunturas favorables, no lograba vencer su soledad y Braulio temía que regresase a sus agendas, a su vida cuadriculada, fría, solitaria y sin emociones. La ocasión que le había procurado haciéndole conocer a Filomena había resultado un fiasco por la decisión de ésta de concederle una última oportunidad a Jacinto. Pero Eudaldo pensaba que era su propio carácter el causante de la decepción. ¿Sacaría fuerzas de flaqueza e intentaría superar**

**aquellos momentos de incertidumbre o se hundiría definitivamente y renunciaría a sus posibilidades? “*Ante todo, sé tu mismo*”, le había aconsejado Justino. Eudaldo, equivocadamente, y ante el desengaño con que había concluido su primera incursión fuera de su caparazón de soledad, podría pensar que el hecho de ser uno mismo consistía en recuperar sus odiosos hábitos y aprender a convivir con ellos. La confusión se reflejaba en su rostro, tanto, que sus compañeros de Barrigón e Hijos, S.L. – Artículos para Mercería – Mayor y Detall., que estaban empezando a acostumbrarse a un Eudaldo franco y optimista, no pudieron sino esbozar un gesto de contrariedad al verlo aparecer, aquella mañana, triste y cabizbajo, temiendo por una regresión de su jefe hacia las detestables actitudes con que les “regalaba” las horas de trabajo. Hasta Don Bernardo Barrigón, Presidente Ejecutivo de la firma, se había interesado por él aquella mañana:**

- **¿Le ocurre algo, Flancínez? – le había preguntado al entrar en su despacho – Tiene usted mala cara.**

**A lo que había contestado Eudaldo, como restándole importancia, aunque por dentro le corroyesen el malhumor y la preocupación.**

- **No es nada, Don Bernardo. No es nada.**

A pesar de los últimos y esperanzadores resultados de sus análisis. Pese a aquella nueva gira que su representante le había propuesto ante sus últimos éxitos como Beba Crysalis, Justino Valdepiedras se había instalado en la tristeza más absoluta y sus intenciones de sobrevivir con optimismo a la ausencia de su compañero, se escondían tras un muro de apatía que le cerraba todos los caminos para superarla. Había sido muy dura la visita a los padres de Freddy, ignorantes de su relación, a los que entregó algunos objetos personales. Era el único favor que le pedía en aquella nota de despedida que había encontrado días antes. Ya en la calle, sentía aún el calor que le transmitió la madre mientras le despedía tomándole la mano y fijando en sus ojos una profunda mirada, que en silencio, confirmaba sus suposiciones y le brindaba, en ella, la solidaridad del dolor compartido.

Apático y desganado preparó sus baúles, con aquellos vestidos y complementos que, por primera vez en años, no recibirían la aprobación de Freddy, o sus horrorizadas exclamaciones de rechazo, cuando se los presentaba en aquellas divertidas “premieres” privadas, con su frase favorita:

- *¡ Venga maricona, que eres más hortera que un piso piloto!.*

Filomena, por su parte, había apagado la brillante luz de su atractiva apariencia y había vuelto a convertirse en la mujer gris que fue antes. Como una especie de viuda sin matrimonio, aguardaría el juicio y el cumplimiento de la condena de Jacinto, como aquellas novias eternas que esperan a que los soldados regresen de la guerra. Un sentimiento de culpabilidad absoluto se había instalado en su conciencia, persiguiéndola a todas horas del día y de la noche. Si hubiese tenido un poco de paciencia... Si hubiese intentado convencerle... Si no hubiese adoptado aquel papel absurdo de mujer liberada... Ahora Jacinto estaría libre y le esperaría como cada tarde, en el velador del Café Saturno, tomándose a pequeños sorbitos su café con leche e imaginando las inevitables excusas que, como cada tarde, esgrimiría él ante su retraso. Ahora, sin embargo, aquellas obras completas de Flaubert, que nadie pasó a recoger jamás, evocaban la tarde y los insultos que, con Eudaldo como testigo, habían precipitado a su novio hasta aquella locura, y aquel candado que jamás funcionaba, y que ahora nadie le ayudaba a cerrar, le recordaba, como las cuentas de un ábaco que pasase a diario, los días, las semanas y los años que restaban aún hasta que Jacinto pagase por aquel crimen a que su estupidez le había abocado.

**Y los altos muros, grises y sombríos, de la cárcel, protegían a la sociedad de aquel inofensivo asesino, condenado a pagar, con años de libertad cercenada, un instante de locura. Jacinto no había vuelto a hablar desde que, recobrando la conciencia que el alcohol le había negado en aquel segundo trágico y en el que el manto de la muerte absurda le sobrevoló, cegándolo, arrastrándole hacia una venganza inútil.**

**De noche, los cadáveres de todos los animales que había sacrificado en su oficio de matarife, desfilaban ante él, en una pesadilla inacabable. Entre las filas de corderos, terneras, y cerdos se intercalaba la figura de su madre, que con ojos de espanto le repetía, antes de recibir la puñalada definitiva: *“Hoy has vuelto pronto, hijo”* mientras que Filomena, pelirroja y provocativa, le repetía, incansable e insultante:**

**- *¡Vete a la mierda de una vez, Jacinto!***

**¿Cuál era la solución para evitar la vuelta a la desesperanza de sus criaturas? Por mucho que lo intentaba, Braulio no conseguía encauzar aquellas falsas vidas que había creado y de las que se sentía responsable, hacia paisajes menos dramáticos.**

**Su culpabilidad le impedía ya relacionarse con ellos, sabiendo, como sabía, que aquellas existencias destrozadas por su imaginación, estaban ya asumidas por aquellas cuatro figuras que le observaban desde la distancia en aquel lugar desconocido. Y mientras decidía que, definitivamente, parlamentaría con ellos, con tal de hallar un compromiso de colaboración para tratar de superar aquella situación extraña e incómoda, comprobó como los cuatro protagonistas de su novela se dirigían resueltamente hacia donde se encontraba. Sus actitudes parecían decididas. En la mano de Jacinto, un enorme cuchillo, resplandecía con brillos amenazadores.**

## NUEVE

**Un dolor intenso. Un grito. Silencio. Oscuridad. Impotencia. ¿Puede sufrirse el dolor, sin sentirlo? ¿Y el silencio? ¿Es posible escuchar el silencio? ¿Es la oscuridad una especie de luz invisible? Impotencia. Impotencia para contestarse preguntas que surgen con ansia desde el silencio. Impotencia para pedir auxilio ante un terrible dolor inexistente. Impotencia para ver quien te hiera. A quien pides auxilio. Imposibles segundos aguardando respuestas inaudibles. Sin destinatario. Después nada. Otra vez el silencio. La oscuridad. El dolor imaginario. O no. Nada. La nada.**

**Calma, – se dice – calma. Escucha. Calcula tu posición y escucha. Haz un esfuerzo. Nada. Silencio. Vanos intentos por captar vibraciones que provengan de aquella oscuridad. Vuelve a intentarlo. Despacio – continúa con su silencioso monólogo – Tienta con tu mano. ¿Qué notas? No siento mi mano. No oigo nada. ¿Hay alguien ahí? Está agotado. Dolorido. Descansa un momento. ¿Qué ha sido eso? He visto algo. Como una chispa. Un destello. - ¡Por favor! – implora - ¡Qué alguien me ayude! La oscuridad, de nuevo. Prueba a abrir los ojos. A mover un brazo. Inútil esfuerzo. Los músculos parecen de algodón. De**

**nuevo la impotencia. La desesperación. ¡Por favor! ¡Por favor! – Sólo el denso silencio por respuesta.**

**¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué tiempo? ¿Qué es el tiempo? ¿Es el espacio que se recorre para ir de aquí a ahí? No. Eso es la distancia. Pero la distancia se recorre en un tiempo ¿Verdad? Si, pero no es el caso. Estás intentando averiguar el tiempo que ha transcurrido pero, ¿entre qué? Desde aquel destello que viste o creíste ver, ¿cuándo? No lo sé. Pero lo vi. Estoy seguro. Pero ¿cuándo? No lo sé. No lo sé. Por favor. Basta ya. Ayúdenme.**

**Siento dolor. ¿Dónde? ¿Qué te duele? No sé. El dolor. Me duele. No digas tonterías. ¿Cómo va a dolerte el dolor? El dolor no duele. Te puede doler un brazo, o una pierna, o la cabeza, pero no el dolor. No sé. No sé. Pero siento dolor.**

**¿Oyes? Hay un ruido. ¿Qué clase de ruido? Entonces, ¿lo estás oyendo? Puede. A ver, concreta. ¿Cómo es el ruido? No sé explicarlo. Es como una especie de siseo, un “sssssssss - ssssssss”. Separado por un intervalo de tiempo. ¿Cuánto tiempo? El tiempo, el tiempo. Te he dicho antes que no sé lo que es el tiempo. Es como una cadencia. Pim....pam. Pim... pam. No te entiendo. Primero un “sssssssss” -**

**“sssssssss” y después un “pim...pam”, “pim...pam”. ¡Aclárate, hombre! Déjame en paz ¡Cállate! ¡Cállate!**

**¿No sientes frío? No. Yo sí. Yo no. Bueno, quizás un poco. Si pudieras taparme con la manta. ¿Qué manta? La manta. ¿Qué va a ser, sino? ¿No estoy en una cama? No lo sé. Quizás. ¿Oyes? Otra vez el siseo “sssssssss” - “sssssssss”. Sí. Parece que ahora lo oigo yo también. Sí. Sí. Lo escucho. ¿Qué puede ser? Voy a ver si consigo descubrirlo. No puedo moverme. No puedo abrir los ojos. ¡Oigan! ¿Hay alguien ahí?**

**Por cierto. ¿Quién eres tú? ¿Yo? Sí, tú. ¿Te conozco? Puede. Y tú. ¿Quién eres? No lo sé. Estoy aquí, contigo. No has contestado a mi pregunta.**

**¡Eh! ¿Porqué estás tan callado? Ya hace rato que no dices nada. ¿Sigues ahí? ¡Vamos! Di algo. Un poco de conversación no viene mal. Esto es tan aburrido. Ni siquiera he vuelto a escuchar el siseo.**

**Otra vez el dolor. ¿Dónde? En ningún sitio. En todas partes. Dolor total. Absoluto. Repartido equitativamente entre cada músculo, entre cada hueso. Como cuando uno se despierta después de una resaca. Despierta. ¿He dicho despierta? Sí.**

**Despierta. Despertar. Esa es la clave. Estoy dormido y debo despertar. Esto es un sueño. Un mal sueño. Prueba a abrir los ojos. Imposible. Ya lo he intentado antes. ¿Cuándo? Antes. ¿No te acuerdas? No. ¡Este cansancio! Estoy agotado. ¡Este dolor! ¿Qué? Nada. Nada.**

*¡Psssst! Habla bajito, por favor. He encontrado la clave para salir de aquí, pero si ese imbécil cree que voy a compartirla con él, está apañado.*

**Concéntrate. Todo el esfuerzo en los párpados. ¡Vamos! Los músculos de los párpados los abren y cierran millones de veces al día. Si no actuaran, los ojos se secarían. ¿Dónde has oído eso? No importa. ¡Vamos allá! ¡Auuuuupa! ¡Otra vez! ¡Auuuuupa! No puedo. Inténtalo de nuevo. ¡Vamos! Es imposible. Es imposible. No te desesperes, hombre. Descansa y vuelve a intentarlo. No llores. No llores. La lágrima ha resbalado por mi mejilla. He sentido su humedad. Su calidez. Sí. Y también como si rozasen la piel de mi cara con un paño, con una tela. ¡Claro! Alguien ha secado mi lágrima. Entonces, hay alguien cerca. ¿Qué? Nada. Nada.**

*Otra vez ese. Pero, ¿qué se habrá creído?*

**Un instante. He visto una luz. Un instante. Aquel destello no. Una luz blanca. Suave. Lechosa. Quizás lo haya logrado. O quizás se**

**trate de esa luz que se filtra a través de los párpados. Como cuando miras en dirección al sol con los ojos cerrados. Pero esa luz es roja. Bien, no es roja. La sangre es roja. Y la luz se filtra a través de la sangre. Dolor. Sangre. Resbalando. Caliente. Tiñendo las ropas. Ahogando los brillos de un cuchillo. No. ¡No! ¿Qué te pasa? Estás muy agitado. Dile que no lo haga. Decidle que no lo haga. Decidle que es inútil. Todo seguirá su curso, de todos modos. Vedlo, estáis como al principio. Habéis vuelto atrás. Por favor, ayudadme. ¿Con quién hablas? ¿Quién esta ahí, contigo? Nadie. No son nadie. No eran nadie. Expílicate. No te comprendo. ¿Quiénes no eran nadie? Perdón, perdón. Estoy *tan* cansado.**

**Ha vuelto el dolor. Intenso. General. Donde quiera que esté me agito convulso. Preso de una excitación extrema. La luz lechosa. La he visto de nuevo. Hiriendo mis ojos, ciegos por la oscuridad. Y el siseo. Llega diáfano “sssssssss” -”sssssssss”. Claro en su cadencia. Monótono. ¿Qué es lo que dices que escuchas? Nada. Aquel siseo. Es imposible. Yo no oigo nada. ¿Y la luz? ¿Tampoco ves la luz? ¿Qué luz? Es inútil. No conseguirás confundirme. No seas así. Yo sólo pretendo ayudarte. Bueno. Pues entonces, calla.**

*¿Es que no podrá dejarme tranquilo de una vez?*

**¡Dios! ¡Qué oscuro está esto! Dolor. De nuevo el dolor. ¿Y esas voces? ¡Deprisa! ¡Deprisa! Lo he oído claro. ¡Deprisa! Y las luces, centelleantes. Azules. Amarillas. Y el aullido de una sirena. ¿Estás seguro? Sí. ¡¡Sí!! Ven. ¡Ven!**

**Haz memoria. Y después ¿qué? ¿Después de esa sirena que dices haber oído? Nada. El silencio. ¿Y el dolor? No. No más dolor. El dolor ha vuelto ahora. Con la luz lechosa. Con el siseo. Con la sangre. Con el brillo del cuchillo. ¿Qué cuchillo? El cuchillo. El que me ha matado. ¿Te ha matado? Pero tú estás vivo. ¿No dices que escuchas un siseo y ves una luz lechosa? Bueno. Sí. Pero esto es ahora. Desde que estoy aquí. Desde que me haces preguntas. Desde que intento despertarme. ¿Despertarte? No me habías dicho nada de eso. Bien, luego me lo explicas. Volvamos a ese cuchillo que dices te ha matado. ¿Quién ha sido? ¿Por qué tendría alguien que matarte? Es todo muy confuso. Un carnicero, un matarife. Estás desvariando, los matarifes sacrifican animales, no personas. Si. Si. Jacinto, sí. Su madre. También había matado a su madre. ¡Vaya con Jacinto! ¡Que elemento! No te burles, por favor. Jacinto personificaba el despecho, la locura. ¿Dónde? En la novela. ¿En qué novela? En la que estaba escribiendo. ¡Ah! Así que eres escritor. No lo sé. No lo recuerdo. Estoy**

**muy cansado. Pero, si acabas de decírmelo. Déjame. Déjame descansar. Estoy agotado.**

**Uno, dos, tres, cuatro, cinco..... . Hasta cinco. He conseguido contar hasta cinco con los ojos abiertos. La luz lechosa proviene del techo. O sea que si no he movido más que los ojos, esto significa que estoy en posición horizontal. Sí. Estoy en una cama. Debe de ser así. Y el siseo. Ahora lo escucho claramente, aunque tenga los ojos cerrados: “sssssssss” - “sssssssss”. Y también una especie de pitido intermitente: “pi” -”pi” -”pi. Vaya, vaya. Estás haciendo progresos, luces, siseos y ahora pitidos. Esto funciona. Pero no has acabado de contarme las hazañas de Jacinto, el matarife asesino. ¿Qué sucedía más en tu novela? Supongo que habría más personajes. O se trataba de un monólogo en el que sólo cabía la muerte. No. No. Era por despecho. Porque su novia le abandonaba. ¡Ah! La mujer. El eterno elemento desestabilizador. Bueno, parece que fue así. Pero en realidad yo no quería escribir eso. ¿No? No. Mi historia era divertida, hasta aparecía una “drag queen”. ¿Qué me dices? Plumas, plataformas y todo eso, ¿no? Sigue, sigue. Esto se pone interesante. Pero antes, descansa un poco. Haz memoria. Volveré luego. ¡Eh! ¡Espera un momento! ¿Dime quién eres, de una vez? Luego. Luego. De acuerdo. Descansa ....**

**He notado movimientos a mí alrededor. Puedo mantener los ojos abiertos. Hasta ocho o nueve. La luz lechosa se concreta en un fluorescente en el techo. El siseo es constante, acompasado a mi respiración y el pitido parece acoplado a mi pulso. Noto la boca seca. Y ese dolor que agarrota todos mis músculos. Como si llevase largo tiempo en la misma postura. No puedo mover la cabeza. Algo alrededor de mi cuello impide cualquier movimiento. ¿Dónde estoy?**

**¡Eh! Parece que, desde que haces progresos, te olvidas de los amigos. No. No. Disculpa. Es que creía haber visto a alguien. ¿Y tú? ¿Has visto esas sombras? No estoy seguro. La luz. Es un fluorescente. En el techo. Estamos en una cama. ¿Estamos? ¿En una cama? Serás tú. Yo no lo creo. Oye. Háblame de tu novela ¿Qué novela? Venga hombre. No te hagas el despistado. El matarife, la “drag queen”, todo aquello. ¿Es qué ya no te acuerdas? No. Bueno. Sí. Sí. Ya me acuerdo. Estábamos todos en el cielo. ¿El cielo? ¿Existe el cielo? Bien, no lo sé exactamente. Era un sitio vacío, gris, sin colores, sin distancias. Oye, el gris es un color. Sí, pero no allí. Ella también era gris. ¿Quién? Ella, Filomena, la novia de Jacinto, el matarife. La librera. ¡Ah, claro! Entonces Jacinto te mató porque se la pegaste con su novia. No. No. No fue así. Había otra persona allí. ¿Quién? Era alguien que coleccionaba agendas. Y vendía puntillas. ¿A quién? ¿A la “drag queen” Por favor,**

**por favor, no me atosigues. Voy a hacerme un lío. No, hombre, no. Si está clarísimo. La “drag queen” está enamorada del vendedor de puntillas, pero éste que es bisexual, desea en realidad a la librera y tiene una aventura con ella. Pero su novio, que será matarife, pero es un cornudo convencido, os confunde y por despecho te mata a ti, que sólo pasabas por allí. ¿Cierto? No. No. No intentes liarme. Déjame que haga memoria. Yo había tenido un accidente y estaba muerto. Por eso estaba allí. Mira, tío. No aguanto más. Me voy a dar un paseo. ¿Adónde vas? Por ahí a ver si veo algo interesante. Estoy hasta las narices de todo ese follón.**

**Las sombras. Las sombras están cerca. Siento como se mueven a mí alrededor. Alrededor de la cama. ¿Es una cama? Y los murmullos de sus voces, que se confunden con el siseo, “ssssssss - sssssssss” y el pi - pi. Y la luz del fluorescente del techo. Intento moverme. Intento hablar. Mis labios no responden a mis órdenes. Tengo la boca seca. Cierro otra vez los ojos. ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?**

**Ahora ya estoy seguro. La voz ha llegado clara hasta mí: “Braulio, Braulio” Tendrías que estar aquí. Estoy ahí. ¿Sí? Me alegro. Ayúdame a entender lo que dicen. “Braulio, Braulio”, eso es lo que han dicho. ¿Que significa? No estoy seguro. Quizás es un nombre. ¿Un**

**nombre? Sí. Puede que te estén llamando. Yo no me llamo así. ¿Estás seguro? No. No lo estoy. ¿Por qué no pruebas a contestar? Saldrás de dudas. Ya lo he intentado. No puedo. ¡Vamos! ¡Un esfuerzo más! Vale. Vamos allá. ¡Un momento! Pero después me cuentas el final de la novela. ¿Eh?**

**- ¡ Braulio ¡ ¡Braulio ¡ - la mujer repite el nombre de su marido.**

**Inclinada sobre el lecho, con la ansiedad y la esperanza reflejadas en su rostro. A su lado, el doctor que le ha atendido desde que el accidente de automóvil lo postró, en estado de coma, en aquel lecho. Unas enfermeras, completan el grupo que, expectante, aguarda el milagro.**

**Unas horas antes, la llamada inesperada que, desde el hospital, le abre, más de un año después, la puerta del anhelado regreso a la vida. “*Ha abierto los ojos*”, le ha dicho el neurólogo, con todas las reservas.**

**Todo su bagaje de contradicciones se halla ahora expuesto frente a ella. Como si distinguiese una luz al final de aquel túnel que ha recorrido en solitario, desde que se adentró en él confortada únicamente con las escasas perspectivas que confieren el amor y la fe y confiando en que el vegetal en que se ha convertido su marido regrese de aquel viaje inexplicable.**

**Interminables horas. Días enteros a su lado, en un silencio interrumpido por el siseo cadencioso del respirador artificial. Por el pitido intermitente que le repite, “está vivo”, “está vivo”, impidiéndole caer en la desesperación.**

**Eternas conversaciones de un único interlocutor. Como una pelota que rebotase en un frontón, obligándola a responder a sus propias preguntas. A finalizar, de igual modo, frases y comentarios.**

**Le duele particularmente que no hubiese podido culminar su ilusión de mostrarle aquel contrato que llevaba consigo cuando ocurrió el accidente. Está convencida de que la excitación producida por aquella oferta extraordinaria, le condujo hasta aquella distracción fatal y a al maldito instante en que, sin saberlo, emprendió un solitario éxodo hacia lo desconocido.**

**En ocasiones, lleva con ella al hospital, el manuscrito, las notas apenas hilvanadas de su nueva novela. Y, leyéndoselas, imagina poder llegar a alcanzar un punto de su mecanismo de percepción que, quizás, permanezca despierto, receptivo a algún impulso externo.**

**En otras, la desesperación, la tristeza más profunda, se adueñan de su frágil moral y pasa eternas horas a su lado, tomándole la mano y anticipando, entre sollozos de desconsuelo, una despedida definitiva.**

**¿Cuántos momentos, recobradas momentáneamente las ilusiones, le acompaña, con la totalidad de las luces de la habitación**

**encendidas y el rostro a escasos centímetros del suyo, escrutando, intentando descubrir cualquier leve movimiento, la más ínfima contracción de su piel?**

**En una ocasión, una lágrima resbala por su mejilla fría.**

**También resultan incontables los días en que, hastiada de aquella espera, renuncia a su visita cotidiana, convenciéndose a sí misma de lo innecesario de la misma. “*Total, no se da cuenta de nada.*”, se dice. Y al día siguiente, arrepentida, corre a pedirle perdón por la ausencia fruto de su desesperanza.**

**Así transcurren aquellos meses. Esperando. Mientras se restañan sus heridas, las huellas del terrible accidente. Curándole las llagas que la inmovilidad produce en su cuerpo maltratado. Escuchando el monótono siseo del respirador. Mirándole. Acariciándole. Leyéndole. Esperándole.**

**Y ahora, aquella llamada.**

**Y, de nuevo, todas las expectativas.**

**- “Ha abierto los ojos” - le ha dicho el médico por teléfono. Y ella se pregunta, ilusionada, si aún mantendrán aquel brillo especial, que una vez la enamoraron.**

**Comienza ahora el duro camino de la recuperación. De reinsertarse en un mundo por el que ha discurrido un largo año, en el que ha vivido de espaldas hasta de lo más cotidiano. Deberá aprender a**

**comer, a beber, a caminar. Como un bebé. A utilizar su cerebro, a pensar, a escuchar. A soñar.**

**A su lado, aquella extraordinaria mujer, se habrá de convertir en su lazarillo. En el bastón blanco de un torpe ciego que puede ver.**

**Lentamente, el cariño que le rodea, le ayudará a tomar posesión de su vida olvidada. A regresar del olvido.**

*“El escritor Braulio Céspedes, se recupera de su gravísimo accidente”*

**Su esposa le lee los titulares del diario local, donde aparece la noticia.**

**- ¿Ves? – le anima cariñosamente – Aún te quieren. Te están esperando.**

**El no es tan optimista. Duda de su capacidad para retomar un oficio basado en la observación, en la descripción de vidas, de hechos, de sentimientos.**

**Lenta, pero progresivamente, su vida va normalizándose. Llega el verano. Con el buen tiempo vuelve a aquellos paseos por la ciudad que tanto le agradaban. Escribe en su bloc de notas, donde esbozos de futuros personajes van tomando forma, adquiriendo perfiles definitivos. Su editor le empuja a reiniciar su carrera.**

**Sobre la mesa de su despacho, un nuevo ordenador aguarda a que se decida a utilizarlo. Y en su mano, sin atreverse a insertarlo, el**

**disquete que contiene la copia de seguridad de los capítulos finalizados de aquella novela que, meditada y estructurada, suponía su proyecto más concreto en el terrible momento de su accidente.**

*“La nueva Filomena, escapando, libre al fin, de su pasado de tedio, comenzaba su andadura, por el futuro de esperanza que se le ofrecía generoso”*

**El dedo de Braulio duda. Se detiene un instante sobre aquella “T”. La primera letra de la palabra “tres”, el frío guarismo con que numeraría el siguiente capítulo, la continuación del texto abandonado.**

**Aguardándole están las agendas de Eudaldo, las lentejuelas de Beba Crysalis, los libros y la soledad de Filomena y el terrible porvenir que el destino tiene reservado a Jacinto.**

**Aquellas vidas de ficción que podrían adquirir, mediante la magia de su creatividad, sentimientos y actitudes con que llenar sus vidas imaginarias.**

**Pero Braulio no escribirá jamás aquel “tres”.**

**Otras historias le están aguardando.**

- **¿Habéis notado algo?**

**En un lugar solitario, gris y desconocido, cuatro personajes, se miran los unos a los otros. Una extraña vibración ha recorrido, por un instante, sus cuerpos, recordándoles aquella sensación que percibían antes. Cuando aún estaba con ellos el creador de sus vidas imaginarias e inconclusas. De sus destinos imprevisibles.**

**Eternamente expectantes. Pendientes de que cualquier emoción inesperada altere el vacío espacio en el que habitan, regresan a su ostracismo.**

**Su condena, su perpetua soledad, les acompañará hasta una eternidad inexistente.**

**© *Paco Piquer***

**Todos los Derechos Reservados**

**Prohibida la Reproducción total o parcial de la Obra sin permiso del Autor.**

**Novela editada digitalmente para Los Digitales de Puertas Abiertas el día 10- 9- 03**

**Email del autor: [ppiquer@hotmail.com](mailto:ppiquer@hotmail.com)**